

Frederick B. Meyer

**Elías:
El portavoz del cielo
de Dios**

CLIE

ÍNDICE

Capítulo 1	El origen de la fuerza de Elías	3
Capítulo 2	Junto al arroyo	7
Capítulo 3	A Sarepta	11
Capítulo 4	El espíritu y el poder de Elías	14
Capítulo 5	La prueba de la vida en el hogar	17
Capítulo 6	Abdías	21
Capítulo 7	El plan de campaña	27
Capítulo 8	En el Carmelo	30
Capítulo 9	La lluvia	34
Capítulo 10	La caída de los poderosos	38
Capítulo 11	La benevolencia es mejor que la vida	42
Capítulo 12	El silbo apacible	45
Capítulo 13	Ve, vuélvete	49
Capítulo 14	La viña de Nabot	54
Capítulo 15	Recuperando el valor	57
Capítulo 16	Oración vespertina	62
Capítulo 17	El traslado	65
Capítulo 18	Porciones del espíritu de Elías	68
Capítulo 19	La transfiguración	72
Capítulo 20	Lleno del Espíritu Santo	76

Capítulo 1

El origen de la fuerza de Elías

El capítulo 17 del libro de Reyes comienza con el adverbio de tiempo «entonces», lo que da a entender que lo que sigue es continuación a lo que precede en el tiempo, algo que Dios añade a lo anterior. Si leyéramos sólo hasta el capítulo anterior, podríamos suponer que hasta ahí llegó todo, y que la adoración a Jehová nunca volvió a adquirir el prestigio y el poder que había perdido. De hecho, los principales actores de la historia así lo pensaron. Acab pensó así; también Jezabel; los falsos profetas pensaron lo mismo; el remanente de fieles que estaba escondido pensó igual.

Todos olvidaron algo en sus cálculos: dejaron fuera al mismo Jehová. Cuando los hombres han hecho lo peor, y han terminado, es tiempo de que Dios comience. Y cuando Él comienza, es probable que con un solo golpe revierta todo lo que se ha hecho sin Él.

El cuadro era bastante sombrío. Después de la muerte de Salomón, el reino se dividió en dos partes: la parte sur, dominada por su hijo Roboam, y la parte norte, bajo el poder de Jeroboam. Jeroboam anhelaba desesperadamente mantener su dominio sobre su pueblo, pero temía que lo perdería si ellos continuaban yendo dos o tres veces por año a las fiestas anuales en Jerusalén. Por tanto, decidió establecer la adoración a Jehová en sus propios dominios. Así que erigió dos templos: uno en Dan, en el extremo norte, y otro en Betel, en el extremo sur. Y en cada uno de estos lugares colocó un becerro de oro, para que el Dios de Israel fuera adorado «en la forma de un becerro que come heno». Este pecado quebrantó el segundo mandamiento, que prohibía a los hijos de Israel hacer imágenes, o inclinarse ante la semejanza de cualquier cosa que estuviera arriba en el cielo, o en la tierra o debajo de la tierra. En la Santa Escritura nunca se olvidó la maldad de Jeroboam. Como el tañido de las campanas en un funeral, las palabras vuelven a resonar vez tras vez: «Jeroboam, hijo de Nabat, quien hizo pecar a Israel» (1 R. 14:16).

Después de muchas revoluciones y de mucho derramamiento de sangre, el reino pasó a manos de un aventurero militar, Omri. Hijo de este hombre fue Acab, de quien se dijo que «hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él» (1 R. 16:30). Esto ocurrió porque él era un hombre débil, instrumento de una mujer astuta, sin escrúpulos y cruel.

Cuando la joven y bella Jezabel salió a Tiro para convertirse en la consorte del rey de Israel recién coronado, sin duda alguna aquella se consideró como una espléndida pareja. En ese tiempo, la ciudad de Tiro gozaba el prestigio de reina de los mares. Estaba en el cenit de su gloria: sus colonias salpicaban las costa del Mediterráneo hasta España, sus naves emblanquecían todos los mares con sus velas, su ciudad hija, Cartago, alimentaba al cachorro de león Aníbal, y era suficientemente fuerte como para hacer temblar a los romanos. Pero como muchas espléndidas parejas, la de Acab y Jezabel estuvo llena de desdicha y de desastre.

Cuando Jezabel salió del palacio que había sido su hogar, fue urgida vehemente por los sacerdotes -bajo cuya influencia había sido educada- a hacer cuanto le fuera posible para introducir en Israel los ritos de su religión hereditaria. Ella no fue remisa en obedecer. Parece que lo primero que hizo fue erigir un templo a Astarté en la vecindad de Jezreel, y que sostuvo a sus 450 profetas de sus ingresos privados. Luego Acab y ella construyeron un templo a Baal en Samaria, la capital del reino, de un tamaño tal que podía dar cabida a una inmensa multitud de adoradores (véase 2 R. 10:21). Después comenzaron a levantarse altares y templos por todas partes del país en honor de estas falsas deidades, mientras los altares de Jehová, como el del monte Carmelo, eran lastimosamente destruidos. La gente hacía enjambre en torno a los sacerdotes de Baal y en los bosques. Las escuelas de profetas fueron cerradas y la hierba creció en sus patios. Los profetas mismos fueron perseguidos y asesinados a espada: «...anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados» (He. 11:37).

Tanto fue así que el piadoso Abdías tuvo gran dificultad para salvar a unos pocos de ellos en las cuevas del Carmelo, alimentándolos a riesgo de su propia vida. Pero Dios nunca pierde. La Tierra puede estar infestada por el pecado, puede parecer que todas las lámparas de los testigos se han apagado, pero Él estará preparando a un hombre débil en algún oscuro pueblo de las alturas; y en el momento de mayor necesidad, lo enviará como respuesta completamente suficiente para las peores conspiraciones de sus enemigos Así ha ocurrido; y así continuará ocurriendo...

Elías era de los moradores de Galaad. Galaad estaba al este del Jordán. Era un sitio desierto y escabroso. Los moradores participaban del carácter de su tierra: salvajes, desenfrenados, desgredados. Vivían en rudas aldeas de piedra y subsistían cuidando rebaños de ovejas.

La niñez de Elías fue como la de los demás jóvenes de su tiempo. En sus primeros años probablemente trabajó como pastor en aquellas desoladas montañas. Cuando llegó a ser hombre, su erguida figura, su apariencia hirsuta, su manto de pelo de camello, su contextura fornida, la fortaleza de sus tendones -que podían sobrepasar a los briosos caballos de la carroza real y soportar la excesiva fatiga física-, lo distinguieron de los moradores de los valles bajos.

A medida que avanzaba en años, crecía en él una intensa piedad. Sentía un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos. Cuando los mensajeros, uno tras otro, le decían que Jezabel había destruido los altares de Dios, había asesinado a sus profetas y los había reemplazado por los ritos impíos de sus deidades tirias, su indignación reventó todas las ataduras.

¿Pero qué podía hacer él, un muchacho indómito del desierto sin instrucción? Sólo podía hacer una cosa -el recurso de todas las almas bajo la agonía de la prueba-: podía orar. Y Elías lo hizo: «...oró fervientemente» (Stg. 5:17).

Y en su oración parece que fue guiado hacia una denuncia que, muchos años antes, había hecho Moisés al pueblo: que si ellos se apartaban y servían a otros dioses y los adoraban, la ira del Señor sería enviada contra ellos, y Él cerraría los cielos y no habría lluvia (véase Dt. 11:17). Y así se dedicó a orar para que aquella terrible amenaza se cumpliera al pie de la letra.

Y mientras Elías oraba, llegó a su mente la convicción de que ocurriría tal como él habíaorado; y que él debía poner al corriente a Acab sobre este hecho. Cualquiera que fuera el peligro para él, tanto el rey como el pueblo tenían que discernir la razón de sus calamidades. Que la sequía se debió a la oración de Elías se infiere también por las palabras con que él anunció el hecho al rey: «...no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra» (1 R. 17:1).

Una entrevista así demandaba extraordinaria fuerza moral. ¿Qué posibilidad había de que él escapara con vida? Sin embargo, él fue y volvió ileso, con la armadura de una fortaleza que parecía invulnerable.

¿Cuál fue el secreto de esa fortaleza? Si se puede demostrar que se debió a alguna cosa inherente en Elías y peculiar a él, entonces muy bien podemos retirarnos de las inaccesibles alturas que se burlan de nosotros. Pero si se puede demostrar, como yo pienso que se puede, que su vida espléndida no se

debió a cualidades inherentes en él sino a fuentes de fortaleza que están al alcance del más humilde hijo de Dios que lea estas líneas, entonces, cada palabra del relato es una inspiración.

La fortaleza de Elías no estaba en sí mismo ni en sus circunstancias. Él era de extracción humilde. Cuando, a través del fracaso de su fe, fue separado de su fuente de fortaleza, él mostró más cobardía de la que hubiera mostrado la mayoría de los hombres: se tiró sobre las arenas del desierto y le pidió a Dios que le quitara la vida.

Elías nos da, pues, tres indicaciones sobre la fuente de su fortaleza... «Vive Jehová Dios de Israel»; esto es, para todos los demás Jehová podía estar muerto, pero para él era la suprema realidad de la vida. Y si queremos ser fuertes, nosotros también tenemos que poder decir: «Yo sé que mi Redentor vive». La persona que ha oído a Jesús decir: «Yo soy el que vive», también lo oirá decir: «No temas, esfuérate y sé valiente».

Elías estaba en la presencia de Acab, pero era consciente de la presencia de uno mayor que cualquier monarca terrenal: «Vive Jehová (...) en cuya presencia estoy». El mismo Gabriel no pudo emplear una explicación más elevada sobre la posición en la cual se encontraba (véase Lc. 1:19). Cultivemos este reconocimiento habitual de la presencia de Dios, pues nos elevará por encima de todo otro temor.

Además de esto, había quedado impresa en la mente de Elías la convicción de que él había sido escogido por Dios como su siervo y mensajero, y que en esa condición estaba delante de Él. Acaso el nombre *Elías* se puede traducir como «Jehová es mi Dios» o «Jehová es mi fortaleza». Esto nos da la clave de su vida. ¡Qué revelación la que se nos ofrece por medio de este nombre! ¡Ah, que eso se cumpliera en cada uno de nosotros! Pero, ¿por qué no? De hoy en adelante, renunciemos a nuestra propia fuerza, que, en el mejor de los casos, es debilidad, y apropiémonos de la de Dios mediante la fe, día tras día y hora tras hora...

Capítulo 2

Junto al arroyo

Estamos estudiando la vida de un hombre que tenía pasiones semejantes a las nuestras: era débil donde nosotros somos débiles, fallaba donde nosotros fallaríamos. Pero este hombre se levantó solo contra su pueblo, detuvo la marejada de la idolatría y del pecado e hizo que la nación volviera a Dios. Y lo hizo mediante el uso de recursos que están al alcance de todos nosotros. Esto es lo fascinante de su historia...

La fe hizo de él todo lo que llegó a ser, y la fe hará lo mismo por nosotros si tan sólo la ejercemos como él la ejerció. ¡Oh, que tuviéramos la receptividad de Elías, que estuviéramos tan llenos del poder divino como él lo estuvo, y que, por tanto, fuéramos capaces de hacer proezas por Dios y por la verdad! Pero, antes de que esto ocurra, tenemos que pasar por la misma educación por la que él pasó. Antes de que podamos pararnos en el monte Carmelo, tenemos que ir al arroyo de Querit y a Sarepta.

Notemos, entonces, los pasos sucesivos en la educación de Dios para sus siervos...

En primer lugar, los siervos de Dios tienen que aprender a avanzar paso a paso. Esta es una lección elemental, pero es difícil de aprender. Sin duda alguna a Elías le pareció difícil. Antes de salir de Tisbe hacia Samaria, a dar salida al mensaje que pesaba sobre su alma, naturalmente inquiere qué debiera hacer después de que lo haya expresado. ¿Cómo lo recibirían? ¿Cuál sería el resultado de todo? Si él le hubiera hecho estas preguntas a Dios antes de salir de su lugar en la altiplanicie, lo más probable es que no hubiera salido nunca. Y es que acaso el Padre en los Cielos nos muestra los pasos uno a uno: el resto los tenemos que dar nosotros por fe.

Así, tan pronto como el siervo de Dios dio el primer paso, y entregó el mensaje que tenía que dar, «...vino a él la palabra de Jehová, diciendo: *Apártate de aquí y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Querit...*» (1 R. 17:2).

Y fue sólo cuando el arroyo se había secado que volvió a él palabra del Señor, diciendo: «Levántate, vete a Sarepta» (vs. 9).

¡Qué hermosa es la expresión «vino a él la palabra de Jehová»! Sugiere que Elías no tuvo que esforzarse buscándola: vino a él. Y así vendrá también a cada uno de nosotros; Dios nos encontrará dondequiera que nos hallemos y nos dirá lo que tenemos que hacer.

Salgamos, pues, y avancemos hacia lo que parece una espesa neblina; debajo de nuestros pies sentiremos como una losa firme y, cada vez que demos un paso hacia adelante, hallaremos que Dios ha colocado allí un lugar para pasar, y así en el próximo, y en el otro, y en el otro, tan pronto como lleguemos al lugar. Dios no nos da todas las instrucciones de una vez, no sea que nos confundamos. Él nos dice aquello que podemos recordar y hacer. Luego, hemos mirarle para recibir nuevas instrucciones; y así aprendemos los hábitos sublimes de la obediencia y la confianza.

En segundo lugar, a los siervos de Dios hay que enseñarles el valor de la vida oculta: «Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Querit».

El hombre que ha de asumir una alta posición ante sus semejantes tiene primero que asumir una baja posición delante de Dios. Y no hay mejor manera de abatir a un hombre que apartarlo abruptamente de una actividad en la cual estaba comenzando a pensar que su presencia era esencial, y mostrarle que él no es necesario en absoluto para el plan de Dios, obligándolo a considerar, en el solitario valle de algún Querit, cuán confundidos están sus motivos y qué insignificante es su fuerza.

Toda alma santa que quiera ejercer gran poder sobre la gente tiene que conquistarlo en algún Querit oculto. No podemos dar a menos que antes hayamos recibido. Nuestro Señor encontró su Querit en Nazaret y en el desierto de Judea, en medio de los Olivos de Betania y en las soledades de Gadara. Ninguno de nosotros puede descartar un Querit donde podamos probar las dulzuras y absorber el poder de una vida escondida con Cristo y en Cristo mediante el poder del Espíritu Santo.

Además, los siervos de Dios tienen que aprender a confiar en Él absolutamente. Al principio obedecemos tímidamente un mandamiento que parece envolver muchas imposibilidades; pero cuando descubrimos que Dios es aún mejor que su palabra, nuestra fe crece extraordinariamente, y avanzamos hacia mayores hazañas de fe y servicio. Al final, nada es imposible. Esta fue la clave de la experiencia de Elías.

¡Qué extraño que él fuera enviado a un arroyo que, por supuesto, estaría sometido a la sequía como cualquier otro! ¡Qué contrario a la naturaleza suponer que los cuervos, que se alimentan de carroña, hallarían alimento como el que podría consumir el hombre, o que, habiéndolo hallado, se lo llevarían regularmente mañana y tarde! ¡Qué improbable, también, que él pudiera permanecer oculto de la búsqueda de los esbirros de Jezabel en cualquier parte dentro de los límites de Israel! Pero el mandamiento de Dios fue claro e inequívoco. A Elías no le quedó otra alternativa que obedecer.

Elías pudo haber preferido muchos otros escondites, y no Querit, pero ése era el único lugar al cual los cuervos le llevarían las provisiones; y mientras él estuviera allí, Dios estaría comprometido a proveerle. Nuestro pensamiento supremo debe ser: «¿Estoy dónde Dios quiere que esté?». Si es así, Dios obrará un milagro directo, en vez de permitir que perezcamos por falta de algo. Dios no envía a ningún soldado a la guerra a que se las maneje por sí solo.

También, los siervos de Dios son llamados con frecuencia a sentarse en arroyos que se están secando: «Pasados algunos días, se secó el arroyo» (1 R. 17:7).

¿Qué pensó entonces Elías? ¿Pensó que Dios lo había olvidado? ¿Comenzó a hacer planes por su propia cuenta? No, sino que esperó tranquilamente en Dios. Muchos de nosotros hemos tenido que sentarnos en arroyos que se están secando; tal vez algunos están allí sentados ahora en el arroyo de la popularidad que se está secando, como ocurrió en el caso de Juan el Bautista, o en el arroyo de la salud, hundiéndose bajo una parálisis progresiva en una lenta declinación, o en el arroyo del dinero que está menguando lentamente ante las demandas de las enfermedades, las deudas excesivas y otras extravagancias de la gente... ¡Ah!, es difícil sentarse uno junto a un arroyo que se está secando... ¡Y mucho más difícil hacer frente a los profetas de Baal en el Carmelo!

¿Por qué permite Dios que se sequen los arroyos? Él quiere enseñarnos a que confiemos no en sus dones sino en Él mismo. Aprendamos estas lecciones y volvámonos de nuestros Querits que fallan a nuestro Salvador que no falla; pues toda la suficiencia reside en Él...

Capítulo 3

A Sarepta

Un amigo mío, que estaba pasando unos pocos días en las cercanías de nuestros lagos ingleses, se encontró con los más bellos arbustos que jamás había visto. Cautivado por su extraordinaria exuberancia, supo que ello se debía al inteligente sistema de trasplante que se practica constantemente. También nuestro Padre celestial nos trasplanta constantemente. Y estos cambios, si se aceptan como es debido, dan como resultado las más exquisitas manifestaciones del carácter en la experiencia cristiana.

Jeremías dice: «Quieto estuvo Moab desde su juventud y sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija, ni nunca estuvo en cautiverio; por tanto, quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado» (Jer. 48:11).

El jugo de uvas, cuando se exprime primero del hondo lagar, es impuro y espeso; se deja en recipientes durante algún tiempo hasta que la fermentación haya cumplido su obra y el sedimento se haya ido al fondo. Cuando esto ha ocurrido, el líquido se vacía cuidadosamente en otro recipiente, de tal modo que todo el sedimento quede en el anterior. Este proceso de vaciamiento se repite varias veces hasta que el líquido se ha vuelto claro y bello.

¿No arrojaría luz este procedimiento sobre la manera en que Dios trató a Elías? Una vez él estuvo en la vasija del «hogar»; luego fue vaciado en la vasija «Jezreel»; después, a la vasija «Querit»; y ahora es vaciado en la cuarta vasija: «Sarepta». Y todo para que él no se asiente sobre su sedimento, sino que sea llevado hacia una meta de grandeza moral que de otro modo jamás habría alcanzado, pero que lo hizo apto para aparecer años después en el Monte de la Transfiguración, junto a Moisés, en compañía de Jesús.

Y sin embargo, cuando un espíritu humano está completamente absorto en Dios, como lo estuvo Elías, estos cambios resultan comparativamente inocuos e insignificantes, como la picada que un mosquito le inflige a un soldado en medio del ardor de la batalla. Cumplir los planes de Dios, obedecer la más mínima intimación de su voluntad, esperar en su mano: esa es la única pasión del espíritu feliz al cual, como a Elías, se da esta gracia.

Aquí hay varias lecciones...

En primer lugar, la fe aguarda los planes de Dios: «Pasados algunos días, se secó el arroyo, porque no había llovido sobre la tierra».

Semana tras semana, con espíritu constante y firme, Elías observó que el arroyo iba menguando. El arroyo menguante se convirtió en un hilo de plata, y al poco tiempo el hilo de plata en pocetas al pie de las grandes piedras; las pocetas mermaron, y por fin el arroyo quedó seco. Sólo entonces le vino a este firme espíritu palabra de Jehová, diciendo: «Levántate, vete a Sarepta» (1 R. 17:9).

La mayoría nos habríamos afanado y agotado haciendo planes mucho tiempo antes. Y probablemente mucho antes de secarse el arroyo habríamos inventado algún plan y, después de pedir a Dios que bendijera dicho plan, nos habríamos marchado a otra parte. El Señor a menudo nos saca del problema por cuanto su misericordia permanece para siempre, pero si sólo hubiéramos esperado primero para ver el desarrollo de sus planes, nunca nos hubiésemos visto en un laberinto tan intrincado. Quiera Dios que nos conformemos con esperar hasta que Él nos manifieste su plan, de tal modo que nuestra vida sea sencillamente la realización de su pensamiento, la ejemplificación de su ideal.

En segundo lugar, los planes de Dios exigen obediencia implícita: «Entonces él se levantó y se fue a Sarepta» (vs. 10). Esto lo hizo como antes había ido a Querit, y como pronto iría a presentarse a Acab.

A muchas vidas cristianas viene un mandamiento claro e inequívoco: tenemos que salir de algún Querit amado, e ir a alguna Sarepta que no nos gusta; tenemos que decir algo, dar algún paso, abandonar algún hábito. Y lo rehuimos porque el costo nos parece demasiado grande. Pero tan pronto como nos negamos a obedecer, sombras de nubes oscuras nos circundan.

Nosotros no conseguimos la salvación por nuestra obediencia; la salvación es completamente un don de Dios. Pero por el hecho de que somos salvos, tenemos que obedecer.

Esta obediencia implícita nos lleva algunas veces a un horno de fundición. «Sarepta» significa horno de fundición, y estaba fuera de la tierra de Canaán. Muchas cosas podrían haber hecho que al profeta no le gustara aquel lugar. Pertenece a la tierra de la cual Jezabel había traído su tribu impía. Estaba

sufriendo de la maldición de la terrible sequía al igual que Canaán. Era imposible llegar hasta allí, excepto mediante una agotadora jornada de 160 kilómetros a través del corazón de la tierra, donde el nombre del profeta era detestado y su persona denunciada. ¡Y encima tendría que ser sostenido por una viuda de un pueblo pagano! Ciertamente eso era un horno de fundición para purificar cualquier aleación de orgullo, o de confianza en sí mismo, o de espíritu de independencia que pudiera estar al acecho en lo recóndito de su corazón.

Y hubo mucho de fuego refinador en el carácter de la recepción que se le dio. Cuando él llegó a aquel pueblo disperso, probablemente a la caída de la noche, en la puerta de la ciudad estaba una viuda recogiendo leña para preparar la cena. Evidentemente ésta era la viuda de la cual Dios le había hablado. Secándose de sed y agotado por el largo viaje, pero sin dudar nunca de que sus necesidades serían ampliamente satisfechas, le pidió a la mujer que le diera un poco de agua en un vaso para beber. La viuda pudo haber tenido cierta premonición de la llegada de él. Pareciera haber cierta sugerencia de que esto fue así en las siguientes palabras del Señor: «Yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente» (vs. 9).

Por tanto, ella no se sorprendió con la petición del profeta, y silenciosamente se fue a buscar el vaso de agua fría (véase Mt. 10:42). Estimulado por la disposición de ella, Elías le pidió que le trajera un bocado de pan. Aquella era una petición modesta, pero tuvo la virtud de liberar la agonía del alma de ella.

No tenía pan cocido, sólo un puñado de harina en una tinaja y un poco de aceite en una vasija; y ella estaba a punto de preparar la última comida para ella y para su hijo, quien probablemente a causa del prolongado ayuno estaba tan débil que no pudo acompañarla. Y después de comer no tenían otra alternativa que acostarse juntos y morir. Eso fue muy deprimente para el hombre de Dios, después de su largo y agotador viaje.

Cuando Dios pone a sus hijos en el horno, Él provee todo lo que necesiten. Las circunstancias eran ciertamente muy deprimentes, ¿pero qué es eso para un hombre cuyo ser interno está ocupado con la presencia y el poder de Dios? Dios había dicho que Elías sería alimentado, y por esa viuda; de manera que así sería, aunque pasaran la Tierra y el Cielo. De manera que con fe heroica, Elías dijo: «No tengas temor; ve, haz como has dicho (...)

Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: *La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la Tierra»* (vs. 13 y 14).

Y es que únicamente necesitamos averiguar si estamos en aquel punto del plan de Dios donde Él quiere que estemos. Si estamos allí, aunque parezca imposible que seamos sostenidos, se hará lo imposible. Si los medios ordinarios no son suficientes, seremos sostenidos por un milagro...

«Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mt. 6:33).

Capítulo 4

El espíritu y el poder de Elías

En los días de Elías, sólo aquellos de carácter elevado comprendían lo que significaba la eterna plenitud del Espíritu:

«...los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P. 1:21).

Elías fue uno de estos hombres llenos del Espíritu Santo. El único deseo de Eliseo fue el de heredar el Espíritu que tan manifiestamente había estado en su señor (véase 2 R. 2:9). «El espíritu de Elías» era una expresión muy familiar en los labios de los hijos de los profetas (véase 2 R. 2:15). Y cuando el ángel de Dios habló a Zacarías en el templo, no halló mejor ilustración de la presencia del Espíritu en el niño que se le prometía que decir: «E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías» (Lc. 1:17).

El glorioso ministerio de Elías no se debió, por tanto, a ninguna cualidad inherente en él mismo, sino a que el Espíritu Santo moró en él de manera extraordinaria por medio de la fe. Este Espíritu se le dio a él como a otros santos hombres de Dios. Lo que debemos preguntarnos es si el Espíritu Santo está obrando con nosotros y a través de nosotros con poder. Si está obrando, entonces, aunque nuestra naturaleza sea indigna y débil, Él efectuará a través de nosotros las mismas obras poderosas que realizó a través de hombres que fueron superiores a nosotros en capacidad mental y moral. Más aun, podemos gloriarnos hasta en nuestras flaquezas para que este poder divino repose sobre nosotros de manera más notable, y para que sea más evidente que sólo Dios merece la gloria.

Ahora surge la pregunta: ¿Podemos nosotros, individuos cristianos ordinarios, tener la esperanza de recibir el Espíritu Santo en aquella medida extraordinaria y especial con que reposó sobre Elías?

Nuestro bendito Señor, como el Siervo perfecto, la tuvo cuando, lleno del Espíritu Santo, volvió en el poder del Espíritu a Galilea y afirmó que su maravilloso poder se debía al hecho de que el Espíritu del Señor estaba sobre Él (véase Lc. 4: 1, 14, 18). Y los apóstoles la tuvieron desde el día del Pentecostés, cuando recibieron la plenitud del Espíritu para dar el testimonio.

Esto es ciertamente lo que queremos. Y esto es lo que podemos tener. Esta unción especial para el servicio no es sólo para hombres como Elías, o Pablo, o Pedro, que se remontan más allá de nosotros hacia los cielos azules, sino para todos nosotros.

Pero hay tres condiciones que tenemos que cumplir si queremos recibir y mantener este bendito Don...

En primer lugar, hemos de estar vacíos. Dios no puede llenarnos, si ya estamos llenos. Elías aparentemente necesitó tres años y seis meses para eso; fue un tiempo largo y agotador de espera, pero resultó bien empleado. En la proporción en que él se iba despojando de sí mismo, se iba llenando del Espíritu y de poder; de tal modo que lo que ocurrió en el monte Carmelo, con todas sus obras heroicas, a él le fue gloriosamente posible.

¿Estamos dispuestos a pagar este precio? ¿Estamos preparados para que Dios vacíe de nosotros todo lo que en alguna forma sea contrario a su voluntad? Si no lo estamos, pidámosle que obre en nosotros para que queramos hacer su buena voluntad: meter nuestra fría terquedad de hierro en el horno ardiente de su gracia, hasta que tal terquedad pueda doblarse en perfecta conformidad con su gloriosa voluntad. Pero si estamos dispuestos, creamos que Él nos llenará tan pronto como nos entreguemos a Él. La gracia, como la naturaleza, detesta el vacío; y así como el aire fresco se apresura a entrar para llenar un recipiente vacío tan pronto como pueda entrar, así la gracia del Espíritu entra en aquel corazón que no se puede jactar de nada sino de un doloroso vacío.

Si hemos cumplido las instrucciones de Dios, tenemos que creer, tanto si sentimos alguna diferencia como si no la sentimos, que Dios ha hecho su parte y ha cumplido la promesa que nos hizo a través de Jesucristo nuestro Señor. Tenemos que exclamar con la seguridad de la fe: «Te alabo, bendito Señor, porque Tú has realizado tu obra preferida; has venido a hacer morada en mí. En lo sucesivo, harás lo que quieras conmigo, para que yo quiera hacer, y haga, tu propia voluntad».

Los síntomas más seguros de que el Espíritu Santo está dentro de nosotros son: sensibilidad con respecto al pecado, ternura de conciencia, la creciente conciencia de la presencia de Jesús, la fragancia de su Nombre y la identificación con sus propósitos. ¿Tenemos acaso algunos de estos síntomas? En segundo lugar, debemos ser obedientes. Casi en cada declaración de las palabras de despedida que Cristo dirigió a sus discípulos reiteró el llamado a

guardar sus mandamientos. La obediencia instantánea e implícita a la enseñanza de su Palabra y a los impulsos internos del Espíritu Santo es condición absoluta para mantener, o incrementar, el depósito de la influencia santa. Esa obediencia tampoco es difícil; pues todos los mandamientos de Dios se pueden cumplir, y su gracia es suficiente. Desde las alturas de una obediencia constante divisamos el amplio y abierto mar de la bienaventuranza.

La obediencia exacta de Elías es la condición inviolable para recibir y mantener «el espíritu y el poder de Elías».

Además, tenemos que vivir de la Palabra de Dios. Elías y la viuda y su hijo vivieron de los recipientes que se volvían a llenar cada día. Pero el profeta tenía otra comida que comer de la cual la viuda y su hijo no sabían nada: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt. 4:4). De esa palabra se alimentó Elías durante aquellos largos y lentos días.

Esta es la otra condición absoluta para llegar uno a ser lleno del Espíritu Santo y permanecer lleno. El Espíritu obra con la palabra de Dios y por medio de ella. Luego, pues, si nosotros descuidamos el estudio reverente de la Escritura, nos privamos del mismo medio a través del cual el Espíritu de Dios entra en los espíritus humanos.

Y esta es la gran falta de nuestros tiempos. Los individuos cristianos asisten a convenciones, se meten en toda clase de actividad cristiana, leen muchos libros buenos relacionados con la Biblia y con la vida cristiana; pero a la Biblia misma le ponen atención sólo de la manera más superficial. Y por esta razón la Biblia no les habla. No hay libro que devuelva el valor del tiempo que se gasta en sus páginas como la Palabra de Dios.

Una Biblia descuidada significa un espíritu hambriento y sin fortaleza, un corazón sin consuelo, una vida estéril; y también significa entristecer al Espíritu Santo. Si las personas que ahora andan perpetuamente deambulando de Iglesia en Iglesia para recoger las migajas de ayuda y consuelo se quedaran en casa y se dedicaran a escudriñar la Biblia, habría más felicidad en la Iglesia y más bendición en el mundo. Este es un consejo muy prosaico, pero es cierto. En otras palabras, nosotros hablamos de hombres de letras, hombres de honor, hombres de éxito; pero es infinitamente mejor ser conocido como «hombres de Dios», tal y como fue conocido Elías: «Ahora conozco que tú eres varón de Dios» (1 R. 17:24).

Capítulo 5

La prueba de la vida en el hogar

Muchos hombres pudieran parecer héroes y santos en las soledades de Querit o en las alturas del Carmelo y, sin embargo, fracasar miserablemente en la vida de hogar en Sarepta.

Y es que una cosa es tener comunión con Dios en las soledades de la naturaleza y realizar actos de devoción y celo por Él en presencia de millares de personas, pero otra cosa completamente diferente es andar con Él día tras día en la rutina del hogar, donde constantemente tenemos que olvidarnos de nosotros mismos. Es allí donde surge una perenne necesidad de ejercitar la bondad, la paciencia, la abnegación y la moderación personal.

En el capítulo anterior vimos algo con respecto al poder y al Espíritu del cual Elías fue lleno y dotado. Pero ahora hemos de observarlo en un hogar y ver cómo pasa la prueba de la vida doméstica. Así aprenderemos a admirarlo y amarlo aún más.

La suya fue una vida verdaderamente humana; fue el mismo hombre en la casa de la viuda que en las alturas del Carmelo. Su ejemplo nos demuestra que cuando un hombre está lleno del Espíritu Santo lo evidenciará en todo el temor de su andar diario y en su estilo de vida. En esto, Elías nos recuerda a Lutero, cuya vida familiar fue un modelo de belleza: un oasis en el desierto. Quienes sólo lo recuerden como reformador, lean las cartas que le escribió a su hijita; quedarán cautivados por la gracia y la ternura de aquella alma grande y noble.

Elías nos enseña a contentarnos con lo que tenemos. La comida en la casa de la viuda era bastante frugal; sólo había lo suficiente para las necesidades diarias. La naturaleza humana, que era tan fuerte en el profeta como en todos nosotros, hubiera preferido poder contar sacos de harina y barriles de aceite. Pero, por lo general, este no es el método de Dios; ni es la disciplina más saludable para que vivamos mejor. La norma de Dios es día por día.

¿No caía acaso el maná en las arenas del desierto día por día? ¿Acaso no se nos promete el pan nuestro de cada día? Y a los que viven de este modo se les recuerda constantemente su bendita dependencia del amor del Padre.

Si Dios nos permitiera escoger entre ver nuestra provisión y conservarla por nuestra cuenta, y no verla y dejar que Él se encargue de ella día tras día, la mayoría de nosotros casi seguro escogeríamos la primera alternativa. Pero sería mucho más prudente decir: «Me contento con confiar en Ti, Padre.

Consérvalo todo en tu mano. Así tendré menos afanes; así las provisiones no me harán caer en tentación; no me expondrán a envidiar a otros más favorecidos que yo».

Los que viven de este modo no están en condiciones inferiores que otros. Al contrario, en el sentido más verdadero están en mejores condiciones, porque la responsabilidad de mantenerlas descansa completamente en Dios y quedan libres de la inquietud de los afanes, de la tensión de la preocupación diaria y de las tentaciones que hacen casi imposible que un rico entre en el Reino de Dios. Lo principal es entender esta preciosa promesa: «Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas».

Luego, continuemos cumpliendo nuestro deber, ocupando nuestro tiempo, realizando el plan de nuestra vida. Nuestro Padre tiene amplios recursos: de Él es el ganado que hay en mil colinas, de Él los campos de trigo que ondean, de Él las miríadas de peces de las profundidades del océano. Él ha preparado una provisión para nuestra necesidad, y nos la entregará a tiempo, si sólo confiamos en su Persona. Tal vez nos hallemos sacado la última gota de aceite hoy, pero habrá más mañana...

Elías también nos enseña a ser apacibles cuando se nos provoca. No sabemos durante cuánto tiempo vigiló la madre a su hijo agonizante, pero sí sabemos que ella habló con imprudencia y crueldad al hombre que había traído la salvación a su hogar: «¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades, y para hacer morir a mi hijo?» (1 R. 17:18).

Una observación tan inapropiada e injusta bien hubiera podido herir al profeta hasta los tuétanos o provocar una amarga respuesta. Indudablemente tal hubiera sido su reacción si su bondad no hubiera estado inspirada por el Espíritu Santo. Sin agregar ninguna otra cosa, Elías simplemente le dijo: «Dame acá tu hijo» (vs. 19).

Si el Espíritu Santo llena realmente el corazón, se producirá un cambio en la persona más ruda, más inculta y más egoísta. Habrá una apacibilidad en las palabras, en el tono mismo de la voz; un delicado esmero en las acciones más pequeñas, una paz que refleja la comprensión en el rostro. Y estas cosas constituirán el sello evidente del Espíritu Santo.

El ejemplo del profeta nos enseña también que hay poder en una vida santa. A saber, en alguna parte de la vida anterior de esta mujer había habido un hecho oscuro que hacía palidecer en su recuerdo todas las demás malas obras que había hecho, y sobresalía en su mente como su pecado.

No sabemos qué era lo malo que había hecho; tal vez pudo haber estado relacionado con el nacimiento de ese hijo. Probablemente había cometido la iniquidad muchos años antes, y esto le había llenado la mente de agonía. Pero en los últimos años el agudo remordimiento había llegado a opacarse. Incluso algunas veces se le olvidaba por completo el pecado durante semanas y meses seguidos.

Es interesante notar que los diferentes estados de la mente requieren estímulos para despertar los recuerdos dormidos. En el caso de la mujer de Sarepta, lo que despertó el recuerdo fue la vida santa de Elías combinado con el propio terrible dolor de ella. Bajo el efecto de estos dos estímulos, el recuerdo de ella abandonó su letargo y su conciencia despertó a una aguda actividad: «¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades...?».

Y como respuesta de Elías, leemos lo siguiente: «Entonces él lo tomó de su regazo, y lo llevó al aposento donde él estaba, y lo puso sobre su cama. Y clamando a Jehová...» (vs. 19 y 20).

Nosotros no somos suficientemente específicos en la oración, ni pasamos suficiente tiempo deteniéndonos con fervor santo en el nombre de cada ser amado. ¡No es extraño que logremos tan poco!

Luego, seguimos leyendo: «...se tendió sobre el niño» (vs. 21).

¡Qué maravilloso acto de amor y humildad por parte de un gigante de Dios! Nosotros también, hemos de inclinarnos hacia los niños, llegar a ser como niños delante del Señor.

«Y se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Jehová».

Elías no se descorazonaba fácilmente. Así es como Dios prueba la genuinidad de nuestros deseos. He aquí los resultados de la oración perseverante:

«Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió» (vs. 22).

Y cuando el profeta lo presentó a la madre agradecida y regocijada, tuvo que haberse sentido satisfecho, así como el corazón de aquella mujer halló descanso a su tormento...

Capítulo 6

Abdías

Después de muchos días, la palabra del Señor volvió a llamar a Elías para que se pusiera en camino. Meses, y aun años, había pasado en el retiro de Sarepta; la viuda y su hijo se habían vinculado a él mediante los lazos más sagrados; el humilde hogar con su tinaja de harina y su vasija de aceite se santificó con los recuerdos del infalible cuidado de Dios.

Para él tuvo que haber sido una gran prueba salir de allí; ¡y qué gran contraste lo esperaba! Probablemente había oído que Acab lo estaba buscando. No había nación ni reino donde el encolerizado monarca no hubiera tratado de encontrarlo.

Por tanto, no era probable que fuera recibido con mucha cortesía. Lo que sí era probable era que él sería inmediatamente arrestado y, tal vez, sometido a torturas para obligarlo a anular las palabras que habían colocado el reino bajo el maleficio de la sequía. Pero él no tenía otra alternativa que ir. El que le había dicho: «Escóndete», ahora le decía: «Ve muéstrate». Y así, con implícita obediencia, «fue, pues, Elías a mostrarse a Acab» (1 R. 18:2).

Tuvo que haber sido muy amargo para él ver la devastación que se había producido en la tierra. En nuestras regiones no tenemos ni siquiera un reflejo de los horrores de una sequía oriental. Todo esto se había producido por medio de la oración del profeta; y hubiera sido intolerable, si él no hubiera esperado con anhelo que este pueblo entendiera la excesiva maldad y perversidad del pecado.

Aunque el hambre se extendía por todas partes, parece haber sido más severa en Samaria. Y esta fue la prueba que puso de manifiesto el verdadero carácter de Acab.

Pudiéramos haber imaginado que él se habría puesto a aliviar las desdichas de su pueblo; pero no, sólo pensaba en sus caballos y en sus mulas; y su única preocupación era mantener vivos a algunos de ellos. Así que ahora inicia una misión para buscar hierba. ¡Qué egoísmo! ¡Las mulas y los asnos antes que su pueblo! ¡Y busca hierba, en vez de buscar a Dios!

Es sorprendente encontrar a un hombre como Abdías en una posición tan influyente en la corte de Acab. Abdías era el gobernador (o mayordomo) de la casa de Acab. Ahora bien, según su propio testimonio personal, Abdías veneraba a Jehová desde su juventud (véase 1 R. 18:12): «Abdías era en gran manera temeroso de Dios» (vs. 3).

Y había dado prueba notable de su piedad, pues cuando Jezabel asolaba la tierra con su ola de persecución, cazando a los profetas del Señor para sentenciarlos a una pena de muerte indiscriminada, él había rescatado a cien de estos hombres proscritos y los había escondido de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los había alimentado con pan y agua. Pero aunque era un buen hombre, también había en él falta de firmeza moral, de determinación, de vigor en el carácter. De no ser así nunca hubiera podido tener la posición de que disfrutaba en la corte de Acab y Jezabel.

No hay inconveniente alguno en el hecho de que un cristiano tenga una posición de influencia en una corte o en la sociedad, si lo puede hacer sin sacrificar ningún principio. Por el contrario, eso puede permitirle prestar un inapreciable servicio a la causa de Dios.

Pero son muy pocos los que pueden ocupar tales posiciones sin que pierdan algo de su vocabulario recto, o permitan que sus colores cambien hasta parecerse a los de la bandera de la conveniencia. Y hay muchos indicios de que este fue el lado flaco de Abdías.

A saber, Abdías no confiaba en llevar las cosas demasiado lejos. Por supuesto, no podía estar de acuerdo con el nuevo orden de cosas, pero no estimaba necesario imponer sus ideas religiosas a nadie. A veces se escandalizaba por lo que pasaba en la corte, pero al fin y al cabo eso no era asunto de él. Con frecuencia sentía tristeza en su corazón al ser testigo de los sufrimientos de los profetas de Dios y estaba medio inclinado a defender la causa de ellos; pero un sólo hombre no podía hacer mucho, y él tal vez podría ayudarlos mejor de una manera quieta, quedándose donde estaba, aunque eso algunas veces pusiera en tensión sus principios.

Este pobre hombre tuvo que haber experimentado un gran conflicto, pues tenía que reconciliar el deber que tenía para con Jehová con el deber que le correspondía con el otro señor, Acab. Y Elías, de manera astuta, le echó una indirecta cuando le dijo: «Ve di a tu amo: *Aquí está Elías*» (vs. 8).

Hoy también hay muchos Abdías en todas partes alrededor de nosotros, aun en las iglesias cristianas. Estos saben qué es lo correcto y secretamente están tratando de practicarlo; pero no pueden confesar cuáles son sus verdaderos colores.

Tienen tanto miedo de que se les identifique como cristianos declarados como el que tenía Abdías cuando Elías lo envió con el recado para Acab. Lamentan mucho el hecho de que algunos sufran persecución por causa de la justicia; pero nunca se les ocurre colocarse al lado de ellos.

Se conforman con administrarles alguna ayuda, como lo hizo Abdías con los perseguidos profetas. Y mientras esconden del mundo esa ayuda, la toman como base para reclamarle al pueblo de Dios reconocimiento y protección, tal como lo hizo Abdías: «¿No ha sido dicho a mi señor lo que hice...?» (1 R. 18:13).

¡Qué contraste el que hay entre Abdías y Elías!

Entre nosotros, muchos piensan que los hijos de Dios deben permanecer en el campo del mundo: tomar parte en sus fiestas, ir a sus lugares de diversión y seguir sus modas y su corriente. Con esto esperan moderarlo y calmarlo: cristianizarlo. Es un bello sueño, y si fuera cierto, salvaría al mundo de dificultades. Los pobres profetas del Señor pudieran regresar de sus cuevas, Elías pudiera ser el primer ministro de Acab y la conciencia de Abdías pudiera estar tranquila... Entonces, en verdad, la política de Elías sería un error supremo y sería mejor que todos llegáramos a ser Abdías de una vez.

Pero hay dos dificultades insuperables para la aceptación de esta teoría de nivelación desde adentro...

En primer lugar, está en directa oposición a la enseñanza bíblica. «...salid de en medio de ella» es el llamado que resuena como un clarín de oriente a occidente: «Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo» (2 Co. 6:17).

Ningún héroe ni santo movió al pueblo de Dios de su tiempo desde adentro; todos, sin excepción, han levantado el grito: «Salgamos fuera del campamento».

Ellos forman la cadena continua de mártires, confesores, profetas y santos, de los cuales el mundo no era digno, pero que pueden buscar su parentesco con Aquel de quien está escrito: «...padeció fuera de la puerta» (He. 13:12).

El único camino bíblico para los testigos de Dios consiste en salir fuera del campamento. Estar en el mundo, pero no como parte del mundo: usar la ropa de peregrino, manifestar el espíritu de peregrino, expresar la confesión del peregrino.

El hombre que entra en el mundo para elevarlo al nivel de él, pronto descubrirá que él mismo ha descendido al nivel del mundo. ¿No fue esto lo que le ocurrió a Abdías?

Comparemos la influencia que ejerció Abraham desde las alturas de Mamre a favor de Sodoma y Gomorra, con la que ejerció Lot, quien, no contento con levantar su carpa hacia la puerta de la ciudad, se metió a vivir en ella y hasta se convirtió en uno de los regidores del lugar (véase Gn. 19:1).

Ciertamente, la posición más segura y fuerte está fuera del campamento. Arquímedes dijo que él podría mover el mundo si se le daba un punto de apoyo fuera de él. Del mismo modo, un puñado de siervos de Dios pueden también influir en su ambiente con sólo parecerse a Elías, quien pasó su vida completamente fuera de la corte y del mundo de su tiempo.

Hay un contraste entre la bondad preventiva y la dinámica. Abdías sencillamente trató de impedir que se hiciera un gran daño. Él protegió a los profetas de la espada de Jezabel y del toque del hambre. Esto fue bueno. La bondad preventiva de esta clase cumple un propósito muy útil. Levanta hogares y refugios y baluartes de defensa, detrás de los cuales puedan prosperar las vidas de los perseguidos profetas. Pero el mundo necesita algo más. Hay una demanda urgente de hombres como Elías y Juan el Bautista, que se atrevan a oponerse a los que cometen malas obras y los hagan comparecer ante el tribunal de Dios, obligándolos a inclinarse ante la majestad ofendida de la ley quebrantada.

Para esto se necesita una dotación positiva de poder que no pueden alcanzar los tibios, pues es exclusiva prerrogativa de los siervos de Dios. De esta clase de poder carecía Abdías. ¿Cómo podía tenerlo? Por otra parte, Elías estaba lleno de este poder. Por cuanto así era, tuvo éxito en detener las marejadas de pecado cuando estaban más embravecidas.

No es suficiente proteger a los profetas; tenemos que salir y presentarnos ante Acab. Que Dios envíe a su Iglesia un puñado de hombres como leones, como Elías, de quien consta por escrito este majestuoso testimonio:

«Fue, pues, Elías a mostrarse a Acab».

Esto es, a enfrentarse al culpable real, a detener al rey...

Hay, en definitiva, un contraste entre la cautela de la conveniencia y la intrepidez de la fe. Cuando Elías le dijo a Abdías que le dijera a su señor que el profeta lo estaba esperando, el asombrado cortesano reflejó incredulidad. En realidad, él pensó que el profeta no sabía con cuánto empeño el rey lo había estado buscando, o que el Espíritu del Señor lo arrebataría antes que ellos pudieran encontrarse. Nunca se le ocurrió que Elías se atrevería a enfrentarse con el rey, si sabía realmente cómo estaban las cosas.

Y aun suponiendo que el profeta fuera lo bastante temerario para hacer esto por su propia cuenta, ciertamente Dios le impediría caer en la guarida del león. En todo caso, Abdías no deseaba tener nada que ver con este asunto. Más de dos veces usó las palabras «me matará». Y sólo cuando Elías le aseguró que con toda seguridad él se mostraría a Acab antes de la puesta del sol, con frecuencia fue Abdías a encontrarse con Acab para decírselo. ¡Qué incapaz era Abdías de formarse un verdadero concepto de la intrepidez de Elías!

¿Cuál fue la fuente de esa intrepidez? Dios era más real para Elías que para Acab. ¿Cómo podía él tenerle miedo a un hombre que moriría? El temor a Dios lo había hecho impermeable a toda otra clase de temor. Así, la fe ve la montaña llena de caballos y carrozas de fuego.

Así, con cara impávida y corazón sin desmayo, los Elías de Dios se apresuran a cumplir los mandamientos de Él, aunque el camino esté bloqueado por tantos demonios como tejas haya en el tejado. Los Abdías afirman que los Elías de Dios nunca se atreverán a llevar a cabo sus propósitos; pero viven para ver que sus propias predicciones eran falsas.

Hay, finalmente, contraste en la respectiva manera en que los impíos reciben a estas dos clases de individuos. Acab pudo tolerar a Abdías por cuanto éste nunca lo reprendía. Pero tan pronto como Acab vio a Elías, le mostró su antipatía: «Cuando Acab vio a Elías, le dijo: *¿Eres tú el que turbas a Israel?*» (1 R. 18:17).

Años más tarde, al hablar de otro devoto siervo de Dios cuyo consejo fue requerido por Josafat, este mismo rey Acab dijo: «...yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal» (1 R. 22:8).

No hay testimonio más elevado con respecto a la constancia de nuestra fe que el odio de los Acabs que nos rodean. Si todos los hombres hablan bien de nosotros, es hora de comenzar a preguntarse si no nos estamos convirtiendo en meros Abdías. Pero si Acab nos acusa de que le estamos causando dificultades, regocijémonos.

Allí, frente a frente, dejamos a Acab y a Elías. No necesitamos preguntarnos cuál de los dos tiene más realeza. No necesitamos gastar nuestro tiempo mirando a Abdías. No podemos sino admirar la noble influencia del profeta de Dios. Pero recordemos que no se debió a su carácter inherente, sino a su fe. Y si adquirimos una fe similar, podemos esperar resultados similares en nuestras propias vidas.

Capítulo 7

El plan de campaña

Cuando Elías salió de Sarepta es más probable que su mente no estuviera en absoluto ocupada por ningún plan concreto de acción. Él sabía que tenía que mostrarse a Acab y que la lluvia no estaba muy lejos, pues estas fueron las órdenes concretas de Dios: «Ve, muéstrate a Acab, y Yo haré llover sobre la faz de la Tierra» (1 R. 18:1).

Fuera de eso, Elías no sabía nada...

El plan completo de esta gran campaña a favor de Dios y en contra de Baal, a favor de la verdad y en contra del error, pudo habersele revelado a Elías de una vez luego de salir de Sarepta. Pero es igualmente probable que se le haya revelado poco a poco; ya que a menudo Dios prefiere este último método...

En primer lugar, cuando Elías salió de Sarepta, se llenó de una pasión consumidora por la gloria de Dios: «...sea hoy manifiesto que Tú eres Dios en Israel» (1 R. 18:36).

Esta oración es la clave que nos permite comprender el corazón del profeta. Elías no sabía, ni se preocupaba por saber lo que le ocurriría a él mismo, pero su alma estaba inflamada con un celo por la gloria de Dios. Él no podía soportar el hecho de que los altares de los profetas que habían muerto como mártires estuvieran destruidos. Y cuando tuvo que enfrentarse a estas cosas, su espíritu se conmovió hasta lo más profundo con indignación y dolor.

¡Qué bueno sería si cada uno de nosotros recibiera una inspiración similar! Por otro lado, Elías estaba profundamente convencido de que él era sólo un siervo: «...sea hoy manifiesto que Tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo». Esta fue la actitud del espíritu de Elías: entregado, rendido, vacío.

¿No somos demasiados dados a hacer cosas para Dios, en vez de permitir que Él haga lo que quiera por medio de nosotros? No reconocemos su absoluto derecho de propiedad. Con frecuencia no hacemos lo que Él decididamente desea que hagamos y, en vez de ello, insistimos en llevar a cabo algún pequeño capricho propio.

Además, Elías tenía el ardiente deseo de saber cuál era el plan de Dios y de llevarlo a cabo: «...sea hoy manifiesto que Tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas».

Tan pronto como un hombre piensa que está realizando el plan de Dios, y que Dios está realizando su plan por medio de él, tal hombre es invencible. Y este fue uno de los elementos de la espléndida fortaleza de Elías.

Esta pregunta relacionada con el plan de Dios es sumamente importante, porque el poder y la bendición de Dios serán disfrutados en toda su plenitud sólo por aquellos que están donde Él quiere que estén. ¿Queremos tener provisión divina?

Tenemos que mantenernos al compás del plan divino. El fuego sólo arde cuando el altar se erige en conformidad con la Palabra de Dios. Tenemos que preguntar de manera incesante: «¿Qué quieres que yo haga?» (Hch. 9:6).

Hay muchas maneras de llegar a conocer el plan de Dios. Algunas veces se revela por medio de las circunstancias, que aunque no siempre son agradables, son siempre aceptables por cuanto nos revelan la voluntad de nuestro Padre.

No hay nada circunstancial que ocurra sin su permiso y, por tanto, cada circunstancia es un mensajero del Rey que trae su mensaje, aunque algunas veces nos quedamos perplejos en cuanto al modo como debemos entenderlo. Algunas veces el plan de Dios se nos revela por medio de fuertes impresiones del deber, las cuales aumentan en intensidad cuando oramos al respecto y las sometemos a prueba con la Palabra de Dios.

Hay muchas formas por medio de las cuales Dios puede expresar su voluntad al espíritu verdaderamente entregado, y hemos de contentarnos con esperar tranquilamente. Por regla general, no hacemos nada mientras tenemos cualquier incertidumbre, pero debemos examinarnos a nosotros mismos y estar listos a actuar tan pronto como sepamos cuál es el plan.

El plan, tal como Elías lo presentó ante Acab, está eminentemente adaptado a las circunstancias del caso. Todo Israel debía reunirse en el monte Carmelo, que se elevaba por encima de la llanura de Esdraelón, un sitio noble que servía como centro de reunión nacional.

Debía tenerse especial cuidado en asegurar la presencia de los representantes de los grupos que se habían atrevido a rivalizar con el culto a Jehová: «los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y los cuatrocientos profetas de Asera, que comen de la mesa de Jezabel» (1 R. 18:19).

Estas sectas rivales debían entonces someterse a una prueba, que a los adoradores de Baal no les era posible rechazar, pues Baal era el dios del sol y esta era una prueba de fuego.

Elías sabía que el altar de Baal permanecería sin humo. Estaba igualmente convencido de que Jehová respondería a su fe con fuego. También se sentía convencido de que el pueblo, incapaz de escapar de la evidencia de lo que hubieran visto, repudiaría para siempre los malditos cultos de Fenicia y se volvería una vez más a la adoración del Dios de sus padres.

«Entonces Acab convocó a todos los hijos de Israel, y reunió a todos los profetas en el monte Carmelo» (vs. 20).

Esta convocatoria al pueblo tuvo que haber ocurrido unos pocos días antes. ¿Dónde y cómo pasó Elías ese intervalo?

Probablemente, Elías debió pasar días memorables esperando en el mismo Carmelo, guarecido en alguna cueva desierta por la noche. Con cuánta constancia confiaría él en Dios y presentaría largas series de súplicas por el pueblo, y se prepararía para el conflicto que vendría como respuesta a la ferviente oración eficaz. La respuesta por medio del fuego nunca habría descendido ese día si él no hubiera pasado los días anteriores en la presencia de Dios.

He aquí un espectáculo sublime: Elías rendido, entregado, esperando en el Carmelo con fe firme; la reunión del pueblo, el cumplimiento del propósito de Dios. Elías no abrigaba temor alguno; esperaba ver pronto a la nación a los pies de Dios. Y todo esto lo hizo no porque fuera diferente a nosotros, sino porque había adquirido el hábito bendito de tratar con Dios directamente, como una realidad viviente, en cuya presencia él tenía el privilegio y la gloria de estar siempre.

Capítulo 8

En el Carmelo

Es muy de mañana en el monte Carmelo. Desde todas las direcciones las multitudes se abren camino hacia este lugar que desde muy antiguo ha estado relacionado con el culto.

No se está haciendo nada en ninguna parte; los pensamientos de jóvenes y viejos están concentrados únicamente en la poderosa convocatoria que les ha hecho Acab. Veamos cómo los muchos millares de Israel se van reuniendo lentamente y ocupando todo sitio elevado desde el cual puedan ver lo que está a punto de suceder.

Ya casi todo el pueblo está reunido, y se oye el paso regular de las tropas que participan. Por los símbolos del sol que brillan en sus frentes se distinguen cuatrocientos profetas de Baal; pero los profetas de Asera están ausentes; la reina, de cuya mesa comen, ha invalidado la convocatoria del rey. Ahora, por en medio de la multitud, la litera del rey, llevada por fornidos cargadores, se abre paso, rodeada por los oficiales de alto rango.

Nuestra atención se fija en aquel hombre de contextura vigorosa y pelo flotante que, con ojos brillantes y labios comprimidos, espera el mudo silencio que pronto caerá sobre aquella inmensa concurrencia... ¡Un hombre contra una nación! Notemos con qué rencorosas miradas vigilan los sacerdotes cada uno de sus movimientos.

El rey oscila entre el temor y el odio; pero se refrena porque piensa que, de algún modo, la llegada de la lluvia depende de este hombre. Aun Abdías se mantiene discretamente fuera del camino.

Ahí está Elías, un hombre de semejantes pasiones a las nuestras, sólo que está lleno de fe de poder espiritual. Él puede apropiarse de los recursos de la Deidad como una varilla de metal puede atraer rayos de una nube.

El profeta habló siete veces en el transcurso de aquel memorable día, y sus palabras son un verdadero indicador de lo que estaba ocurriendo en su corazón.

En primer lugar, Elías recriminó: «¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él» (vs. 21).

Pronto la posición del auditorio se volvió ilógica y absurda. Su marcha era como la cojera de un hombre que tiene una pierna más larga que la otra; o como el artificio de un siervo que ha sido contratado para servir a dos señores: hace lo mejor que puede por cada uno de ellos, y no complace a ninguno de los dos.

El alma sincera y sencilla del profeta no tiene paciencia con tan notoria necesidad. Había llegado el momento en que la nación tenía que detenerse en su intento de combinar la adoración de Jehová con la de Baal, y en que sería obligada a escoger entre los dos cultos que se les presentaban.

Parece que el pueblo se sintió aturdido y avergonzado de que se le presentaran tales alternativas, pues «el pueblo no respondió palabra».

Entonces, Elías lanzó un reto: «...el Dios que respondiere por medio del fuego, ése sea Dios» (vs. 24).

Era una proposición equitativa. Por un lado, Baal era el señor del sol y el dios de aquellas fuerzas naturales productivas de las cuales el calor es elemento y señal. Así, los sacerdotes de Baal no podían rechazarla. Y por otro lado, todo israelita pudo recordar las numerosas ocasiones de su glorioso pasado en que Jehová había respondido con fuego. Ese era el emblema de Jehová, y la señal de que Él aceptaba el servicio de su pueblo.

Por tanto, cuando Elías propuso que cada una de las partes ofreciera un buey y esperara la respuesta por fuego, logró que el pueblo estuviera inmediatamente de acuerdo: «Y todo el pueblo respondió, diciendo: *Bien dicho*».

Esa proposición la hizo con la perfecta seguridad de que Dios no le fallaría. Dios nunca le falla al hombre que confía en Él completamente. Pero los sacerdotes de Baal eran incapaces de provocar la secreta chispa de fuego en la leña que habían colocado sobre su altar. Recurrieron entonces a una súplica directa a su deidad pagana. Esto lo hacían con poder y fuerza. Daban vueltas y vueltas alrededor del altar marcando el compás de la mística danza coral, y sólo rompían filas algunas veces para dar saltos frenéticos frente al altar.

Y todo el tiempo canturreaban: «¡Baal, respóndenos!» (vs. 26). Pero no había voz, ni nadie que respondiera. Y Elías se jactaba de ellos (véase vs. 27).

Así pasaron tres horas. Su dios sol lentamente condujo su dorada carroza por la empinada cuesta del cielo y ascendió a su trono en el cenit. Ciertamente ese era el momento de su mayor poder, y si los iba a ayudar alguna vez, tendría que ayudarlos entonces. Pero lo único que hizo fue broncear y oscurecer más las caras levantadas de los sacerdotes.

Elías apenas podía ocultar el deleite que sentía por la derrota de ellos: «Gritad en alta voz, porque dios es; quizá está meditando, o tiene algún trabajo, o va de camino; tal vez duerme, y hay que despertarle».

«Y ellos clamaban a grandes voces, y se sajabán con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos» (vs. 28).

¡Ciertamente sus sinceros esfuerzos serían suficientes para mover a compasión a cualquier deidad, por más dura que fuera! Y puesto que los cielos aun continuaban silentes, ¿no probaba eso al pueblo que la religión de ellos era un engaño y una vergüenza?

Así pasaron tres horas más hasta que llegó la hora en que, en el templo de Jerusalén, los sacerdotes de Dios acostumbraban ofrecer el cordero de la tarde. Pero «no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase». El altar estaba frío y sin humo; el buey no había sido consumido.

Elías hizo, pues, una invitación. ¡Al fin le había llegado su turno! Y su primer acto consistió en invitar al pueblo a que se acercara; acaso quería que la respuesta de fuego fuera indiscutible. Así es que invitó al pueblo a que mirara más de cerca mientras él levantaba el altar del Señor que estaba destruido. Al mismo tiempo, buscó con cuidado reverente entre aquellas piedras esparcidas y construyó el altar de tal modo que las doce piedras quedaran como un símbolo apropiado de la unidad del Israel ideal ante los ojos de Dios. Las penetrantes miradas del pueblo, desde muy cerca, podían ver que Elías no había introducido ninguna antorcha o chispa secreta.

Entonces, Elías dio un mandamiento. Su fe era exuberante. Estaba tan seguro de Dios que se atrevió a amontonar dificultades a su objetivo, pues sabía que para el poder infinito no hay imposibles.

Cuanto más improbable fuera la respuesta, tanta más gloria recibiría Dios. ¡Qué fe tan incomparable! Puede reírse de las imposibilidades y aun amontonarlas una sobre otra, para tener el placer de ver cómo Dios las domina.

Ya el altar estaba erigido, la leña se había colocado en orden, el buey estaba cortado en pedazos, pero para impedir cualquier posibilidad de fraude, y para hacer que el milagro que se aproximaba fuera aún más maravilloso, Elías dijo: «Llenad cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña» (vs. 34). Esto se hizo tres veces, hasta que la madera quedó empapada y el agua llenó la zanja, con lo que era imposible que pasara alguna chispa.

Y, luego, Elías hizo una oración... ¡Qué oración! Fue tranquila y segura, confiada en la respuesta. Lo que pidió esencialmente fue que Dios se vindicara aquel día, demostrando que en verdad era Dios y volviendo hacia Él el corazón del pueblo.

Y así cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja (véase vs. 38) ¡No podía haber sido de otro modo! Nuestro Dios es fuego consumidor; y tan pronto como se reconozca la unidad de su pueblo y se busque su presencia, Él descenderá y vencerá todos los obstáculos.

Finalmente, Elías pronunció una orden de ejecución de aquellos labios severos: «Prended a los profetas de Baal, para que no escape ninguno» (vs. 39). Ahora el pueblo estaba en disposición de obedecer. Sólo momentos antes habían hecho vibrar el aire con el grito: «¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!» (vs. 38). Comprendieron que habían sido horriblemente engañados. Entonces formaron un círculo cerrado alrededor de los atemorizados y derrotados sacerdotes: «...y los llevó Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló».

Uno tras otro cayeron bajo la espada de Elías, mientras el rey estaba cerca, como un espectador impotente de la condenación de ellos, y Baal no hizo nada para salvarlos.

Y cuando murió el último, el profeta entendió que la lluvia no estaba lejos. Casi podía oír el jugueteo de las nubes que se apresuraban hacia la tierra. Y es que Dios sólo puede bendecir la tierra y el corazón que ya no albergue en sí dioses falsos...

Capítulo 9

La lluvia

Sólo en grado mínimo podemos comprender los horrores de una sequía oriental. La angustia de la tierra se atribuía directamente a la apostasía del pueblo. Las iniquidades del pueblo de Israel lo habían separado de su Dios. Elías lo sabía muy bien. Esto lo impulsó a cumplir la función de ejecutor de los sacerdotes de Baal, quienes habían sido los cabecillas de la revuelta nacional contra Dios. Sus cuerpos yacían espantosamente mutilados en las riberas del Cisón, y la corriente los iba arrastrando hacia el mar.

Acab tuvo que haber estado cerca de Elías en el paso del Cisón, y tuvo que haber sido un involuntario espectador de la terrible venganza; sin atreverse a resistir el ataque de indignación popular, ni intentar proteger a los hombres a quienes él mismo había estimulado y presentado. Cuando hubo muerto el último sacerdote, Elías se volvió al rey y le dijo: «Sube, come y bebe; porque una lluvia grande se oye» (1 R. 18:41).

Fue como si le hubiera dicho: «Sube a donde tienes colocadas tus tiendas en la amplia extensión del altiplano, el banquete está servido en tu dorado pabellón; come sus bocados exquisitos; ¡pero hazlo pronto! De lo contrario, la lluvia puede interrumpirte el banquete».

¡Qué contraste el que había entre estos dos hombres! Acab subió a comer y a beber. Y Elías subió a la cumbre del Carmelo, y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas. No podríamos esperar nada más del rey. Cuando su pueblo sufría los rigores de la sequía, él sólo se preocupaba por buscar suficiente hierba para salvar sus caballos. Y ahora, que sus fieles sacerdotes habían muerto por centenares, él sólo pensaba en el banquete que lo esperaba en su pabellón.

Me imagino a Acab y a Elías mientras ascienden juntos: no hay simpatía, ni gozo común; el rey se aparta hacia sus tiendas, mientras el siervo de Dios sube constantemente hasta la parte más alta de la montaña y halla un oratorio al pie de un pináculo aún más elevado.

Hay ciertas características en la oración de Elías que debemos notar, por cuanto deben formar parte de toda verdadera oración.

En primer lugar, fue una oración basada en la promesa de Dios. Cuando Elías fue llamado de Sarepta para que reasumiera su obra pública, sus órdenes de marcha estaban envueltas en la promesa específica de la lluvia: «Ve, muéstrate a Acab, y Yo haré llover sobre la faz de la tierra».

Las promesas de Dios se dan no para restringir la oración, sino para estimularla. Son el molde en que podemos derramar sin temor nuestros fervidos espíritus. Aunque la Biblia está llena de promesas doradas, las mismas son inoperantes mientras no las convirtamos en oración.

Por tanto, cuando se nos pregunta por qué deben orar los hombres y cómo beneficia la oración, no debemos dar otra respuesta que esta: «La oración es la palabra de la fe; uno de los fundamentos básicos de la vida espiritual».

La Palabra de Dios enseña claramente que la oración es aceptada por el Altísimo. En la medida en que nosotros conozcamos más de Dios por medio de sus promesas, seremos guiados a poner nuestro corazón en las cosas que están en sus manos abiertas, esperando ser tomadas por la mano de una fe que se las apropie. Por esta razón, toda oración, como la de Elías, debe basarse en la promesa.

En segundo lugar, la oración de Elías fue una oración definida. En este punto fallan muchas oraciones. No oramos con la decidida esperanza de lograr resultados definidos y prácticos. Corrijamos esto. Mantengamos una lista de las peticiones que le hacemos a Dios. Hagamos nuestra oración como la hizo David (véase Sal. 5:3), esperemos la respuesta, y obtendremos nuevas e inusitadas bendiciones.

Fue además una oración ferviente. Acaso las oraciones que se hallan en la Escritura brillan todas con el calor ardiente de la intensidad. La oración no recibe respuesta a menos que esté acompañada de un fervor tal que pruebe que la bendición que se busca se necesita realmente.

A tal fervor, por supuesto, se le debe temer cuando buscamos algún beneficio bajo para nosotros mismos. Pero cuando, como Elías, buscamos el cumplimiento de la promesa divina, no para nosotros mismos sino para la gloria de Dios, entonces es imposible pasarnos de fervor, o estar demasiado llenos de la energía de la oración.

Pero, sobre todo, la oración de Elías fue humilde: «Elías (...) postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas» (vs. 42).

¿No ocurre siempre que los hombres que andan de la manera más recta en relación con el pecado se postran del modo más humilde en la presencia de Dios?

Es verdad que somos hijos, pero también somos súbditos. Es verdad que somos redimido, pero no podemos olvidar nuestro nombre original: pecadores. Es verdad que podemos acudir al Señor con osadía, pero recordemos la majestad, la potencia y el poder de Dios, y entonces, quitémonos los zapatos de nuestros pies. Nuestra única defensa ante Dios es el mérito de la sangre de nuestro gran Sumo Sacerdote. Nos corresponde, pues, humillarnos.

Fue, también, una oración llena de fe expectante. Palpitaba fuertemente en el corazón de Elías. Él sabía que Dios cumpliría su palabra. Basado en ello envió a su criado, que posiblemente era el hijo de la viuda, a que subiera al punto más alto del Carmelo y lo instó a que mirara hacia el mar, pues él sabía que antes de que pasara mucho tiempo su oración sería contestada y la promesa de Dios se cumpliría. Nosotros hemos orado con frecuencia, pero no hemos esperado las bendiciones que hemos buscado.

Hay una clase de fe que Dios no puede rechazar, una fe para la cual todas las cosas son posibles. Se ríe de la imposibilidad y puede mover montañas y colocarlas en el océano. ¡Ojalá tengamos esa fe! Tal fue la fe de Elías.

Finalmente, fue una oración muy perseverante. Elías le dijo al criado: «Sube ahora, y mira hacia el mar» (vs. 43).

El muchacho fue, miró y dijo: «No hay nada».

¡Con cuánta frecuencia hemos enviado al criado con deseo afanoso a examinar el horizonte! Y como no hay nada, precisamente cuando comenzábamos a orar, dejamos de orar. Nos vamos de la cresta de la montaña. No sabemos que la respuesta de Dios en ese mismo momento viene en camino...

Eso no le pasó a Elías: «Y él le volvió a decir: *Vuelve siete veces*».

La primera vez regresó diciendo: «No hay nada». No hay signo de lluvia ni nube en el Cielo. Y Elías le dijo: «Vuelve». Esto se repitió siete veces; esta fue una prueba no pequeña para la resistencia del profeta, pero con la prueba severa le vino suficiente gracia, de modo que pudo soportarla. Con frecuencia nuestro Padre nos concede nuestra oración y le pone la etiqueta que indica que es nuestra, pero la retiene hasta que lleguemos a un punto de intensidad; aquel punto del cual nunca retrocederemos. Luego, cuando nos hayamos superado, Él se vuelve amorosamente hacia nosotros, y nos dice: «...grande es tu fe; hágase contigo como quieres» (Mt. 15:28). Y la oración fue contestada con abundancia. Durante las semanas y meses anteriores el sol había estado reuniendo las gotas de humedad que tomaba de los lagos, los ríos y el mar, y ahora el ventarrón las traía rápidamente hacia la sedienta tierra de Israel: «...y antes que clamen, responderé Yo; mientras aún hablan, Yo habré oído» (Is. 65:24). Ciertamente, la respuesta a nuestras oraciones puede estar más cerca de lo que pensamos. En las alas de cada momento se apresura hacia nosotros... ¡Dios nos contestará, y lo hará pronto!

Entonces el muchacho, desde su torre de observación, vio en el horizonte una nubecilla, que no era más grande que la mano de un hombre, y avanzaba rauda por el firmamento. No se necesitaba nada más para convencer a un oriental de que la lluvia estaba cerca. Esa nubecilla era, y aún es, la precursora cierta de un repentino huracán de viento y lluvia. Elías envió al muchacho con el mensaje urgente para Acab de que descendiera del Carmelo al lugar donde tenía su carroza, en la parte llana de más abajo, no fuera que el Cisón, crecido por las lluvias, lo detuviera en su regreso a casa. Escasamente tuvo tiempo el muchacho para llegar al pabellón real, antes de que los cielos se oscurecieran con nubes y viento y hubiera un copioso aguacero.

El monarca salió en medio de la creciente tormenta, pero más rápidos que sus veloces caballos fueron los pies del profeta, fortalecidos por la mano de Dios. Elías agarró presto su manto, del cual chorreaba el agua, se lo ciñó a la cintura y en medio de la furia de los elementos, mientras se cerraba la noche, superó a la carroza y corrió como cualquier mensajero común delante de ella hasta la entrada de Jezreel, que estaba a casi treinta kilómetros del sitio de partida (véase 1 R. 18:46).

Así, a fuerza de fe y oración, este hombre hizo que volviera la lluvia a Israel. ¿Por qué no aprender y practicar su secreto? Entonces también podríamos hacer descender del Cielo bendiciones espirituales que harían que las partes secas de la Iglesia y del mundo se renovasen y florecieran como la rosa.

Capítulo 10

La caída de los poderosos

Bajo la tempestad que empapaba, con la cual terminó el día memorable de la convocación, el rey y el profeta llegaron a Jezreel. Tal vez fueron los primeros que llevaron noticias de lo que había acontecido. Elías se fue a algún humilde hospedaje para buscar alojamiento y comida; mientras Acab se retiró a su palacio donde Jezabel lo esperaba.

Todo el día se había estado preguntando la reina cómo estarían marchando las cosas en el monte Carmelo. Ella abrigaba la febril esperanza de que sus sacerdotes habían ganado el desafío del día, y cuando vio que las nubes de lluvia comenzaban a asomarse en el firmamento, atribuyó el deseado fenómeno a la interposición de Baal, en respuesta a las plegarias de sus profetas...

¡Cuál no sería su estupefacción cuando escuchó la verdadera historia de labios de Acab!

«Acab dio a Jezabel la nueva de todo lo que Elías había hecho, y de cómo había matado a espada a todos los profetas» (1 R. 19:1). La ira de Jezabel no tuvo límites. Acab era sensual y materialista; si sólo tenía lo suficiente para comer y beber, y los caballos y mulas estaban bien cuidados, él se sentía contento. Según su criterio, no había mucho que escoger entre Dios y Baal. Pero Jezabel no era así. Ella era tan resuelta como él indiferente. Astuta, sin escrúpulos e intrigante, ella moldeaba a Acab según su capricho.

Para Jezabel la crisis era muy grave. Tanto la indignación como la política la impulsaron a actuar de inmediato. Si se permitía que se difundiera esta reforma nacional, se frustraría todo aquello por lo cual ella había estado trabajando a través de los años.

Ella tenía que dar el golpe, y darlo de una vez. Así que esa misma noche, en medio de la violencia de la tempestad, envió un mensajero a Elías para que le dijera: «Así me hagan los dioses, y aún me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos» (vs. 2).

Ese mensaje delata a la mujer. Ella no se atrevía a matarlo, aunque fácilmente estaba a su alcance; así que se conformó con amenazarlo. Tenía pensado exiliarlo del país, a fin de quedar libre para reparar el daño que él había causado. Y, aunque es triste decirlo, en esto tuvo ella mucho éxito.

La presencia de Elías no había sido nunca tan necesaria como entonces. La obra de destrucción había comenzado y el pueblo estaba en un estado de ánimo para llevarla hasta sus últimas consecuencias. La marejada se había vuelto, y ahora estaba a favor de Dios. Pero, sorprendentemente, leemos que Elías «se levantó y se fue para salvar la vida».

Acompañado por su criado, y bajo la cubierta de la noche, se apresuró a salir en medio de la tormenta a través de las montañas de Samaria; y no disminuyó la velocidad hasta que hubo llegado a Beerseba. Allí estaba seguro; pero ni siquiera allí pudo permanecer, de modo que se metió en aquel indómito desierto que se extiende por el sur hasta el Sinaí.

Siguió su camino durante horas y horas de fatiga y bajo el ardiente sol. El ardiente suelo le hacía ampollas en los pies. Allí no había cuervos, ni estaba el arroyo de Querit, ni Sarepta. Al fin, la fatiga y la angustia agotaron su fuerza vigorosa, y se echó bajo la sombra de un pequeño arbusto, un enebro, y le pidió a Dios que le quitara la vida: «Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres» (vs. 4).

¡Oh, qué hubiera ocurrido si tan sólo Elías se hubiera mantenido firme! Hubiera podido salvar a su país y no hubiera habido necesidad de cautividad ni de dispersión para su pueblo. Los siete mil discípulos secretos se hubieran atrevido a salir de sus escondites y a mostrarse, y hubieran constituido un núcleo de corazones leales, los cuales hubieran sustituido a Baal por Jehová. Y el propio carácter de Elías habría escapado de una mancha cuya memoria aún permanece.

Con frecuencia los santos bíblicos fallan precisamente donde nosotros esperaríamos que estuvieran firmes. Abraham fue el padre de los creyentes, pero su fe falló cuando descendió a Egipto y mintió a Faraón con respecto a su esposa. Moisés fue el hombre más humilde de todos, pero perdió la entrada a Canaán por su única falta. De la misma manera Elías demostró que él fue en verdad un hombre «sujeto a pasiones semejantes a las nuestras».

¡Qué prueba la que tenemos aquí sobre la veracidad de la Biblia! Si hubiera sido sólo obra del ingenio humano, sus autores habrían evitado presentar el fracaso de uno de sus héroes principales. ¿No hay siquiera un rayo de consuelo que se pueda reflejar del triste espectáculo de la caída de Elías? De no haber sido por la claridad con que se presenta aquella mancha en su vida, habríamos pensado siempre que él fue un individuo completamente distinto de nosotros, y que, por tanto, no podría ser modelo en ningún sentido.

Pero ahora, cuando lo vemos tendido bajo la sombra del enebro pidiéndole a Dios que le quite la vida, pensamos que él fue lo que llegó a ser sólo por la gracia de Dios, que había de triunfar por fe. Y con una fe similar, también nosotros podemos apropiarnos de una gracia semejante que ennoblezca nuestras vidas.

Ciertamente, Elías estaba agotado física y mentalmente. Consideremos la tremenda tensión a que había estado sometido desde que salió del refugio tranquilo del hogar de Sarepta. La emoción prolongada de la convocatoria real, la matanza de los sacerdotes, la intensidad de su oración, la distancia de casi treinta kilómetros que cubrió en veloz carrera delante de la carroza de Acab, seguido todo de la apresurada huida, sin ocasión de descanso hasta que se tiró a la arena del desierto, todo ello había dado como resultado el agotamiento total. La reacción natural fue un intenso sufrimiento.

Su soledad lo hizo profundamente sensible: «...sólo yo he quedado» (vs. 10). Hay hombres que nacen para la soledad. Es el castigo de la verdadera grandeza. En tales condiciones el espíritu humano puede fallar a menos que sea sostenido por un propósito heroico y por una fe inquebrantable.

La fe siempre prospera cuando Dios ocupa todo el campo de visión; pero cuando a Elías le llegaron las amenazas de Jezabel, se nos dice de la manera más significativa que «viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida». Así, Elías apartó la mirada de Dios hacia las circunstancias.

Neguémonos a fijarnos en las circunstancias aunque pasen delante de nosotros como un Mar Rojo y bramen alrededor como una tempestad. Las circunstancias, las imposibilidades naturales, las dificultades, nada son en la disposición del alma que está ocupada en Dios. Es un gran error decirle a Dios lo que tiene que hacer.

Elías no sabía lo que decía cuando le manifestó que bastaba ya, y que le quitara la vida. Si Dios le hubiera hecho caso, Elías habría muerto bajo una nube; nunca hubiera oído el silbido apacible y delicado; nunca hubiera fundado las escuelas de los profetas, ni hubiera comisionado a Eliseo para su ministerio; nunca hubiera ascendido al Cielo en una carroza de fuego...

¡Qué gran misericordia demuestra el hecho de que Dios no conteste todas nuestras oraciones! Sin duda, es mejor dejarlo todo al cuidado del sabio y tierno pensamiento de Dios, y aún viviremos para darle las gracias por cuanto Él se negó a satisfacer nuestro deseo cuando, en un momento de desaliento, nos tiramos a tierra y dijimos: «Basta ya».

Capítulo 11

La benevolencia es mejor que la vida

Muchos hemos aprendido algunas de nuestras más profundas lecciones sobre el amor de Dios cuando hemos experimentado la tierna bondad de ese amor en medio de deficiencias y fracasos, como el que empañó la carrera de Elías.

Tal fracaso, como ya vimos, fue en extremo desastroso. Infligió una deshonra duradera en la reputación de Elías, frustró uno de los movimientos más esperanzadores que jamás habían visitado la tierra de Israel; sembró pánico y desilusión en millares de corazones que estaban comenzando a reunir valor, inspirados por su gran celo. Esto derrumbó a los pocos valientes que hubieran podido impedir el descenso en picada de Israel hacia la ruina.

Pero los ojos de Dios siguieron con tierna compasión cada paso de la huida de su siervo a través de las montañas de Samaria. Dios no amó menos a Elías ahora que cuando el profeta se había puesto de pie, entusiasmado por la victoria, junto al sacrificio que ardía.

Y el amor del Señor asumió, si esto fuera posible, un grado más tierno y bondadoso cuando se inclinó sobre su siervo mientras éste dormía. El amor del Señor se le manifestó a Elías cuando, con el cuerpo agotado por la larga fatiga y el espíritu agotado por la batalla feroz de los sentimientos, se dejó caer y se quedó dormido debajo del enebro.

Y Dios hizo algo más que amarlo. Con tierna solicitud, trató de sanar y restaurar el alma de su siervo para que volviera a adquirir su anterior salud y gozo. A su mandato, un ángel le preparó comida dos veces sobre la arena del desierto, y lo tocó, y lo instó a comer. No hubo reconvenciones, ni palabras de reproche, ni amenazas de despido; sino sólo sueño y comida y bondadosos pensamientos sobre el gran viaje que él tenía intención de hacer a Horeb, el Monte de Dios.

No es difícil creer que Dios nos ama cuando vamos con la multitud a la casa de Dios, con voces de gozo y alabanza, y nos colocamos de pie en el círculo interno iluminado por la luz solar. Pero es difícil creer que Él siente mucho

amor por nosotros cuando, exiliada por el pecado, nuestra alma yace abatida dentro de nosotros. No es difícil creer que Dios nos ama cuando, como Elías en el desierto, caemos sin recursos, o como embarcaciones desarboladas y sin timón que se mueven en el vaivén de las olas. Sin embargo, tenemos que aprender a conocer y creer en la constancia del amor de Dios.

Tal vez no lo sentimos. Tal vez imaginemos que hemos perdido todo derecho a Él... ¡Oh, hijo de Dios, que estás en medio de las desdichas de lo que pudo haber sucedido, ¡ánimate! Espera aún en el amor de Dios; confía en Él, entrégate a Él, y aún alabarás a Aquel que es la salud de tu rostro y tu mismo Dios.

El amor de Dios se manifestó con ternura especial por causa de un pecado especial. Nunca leemos que un ángel le apareciera a Elías en Querit o en Sarepta, o que lo hubiera despertado con un toque que a la vez tuvo que haber sido conmovedor y tierno. Los cuervos, los arroyuelos y una viuda le habían servido antes; pero nunca un ángel.

Él había tomado del agua de Querit; pero nunca había tomado agua sacada por las manos de un ángel del río de Dios. Había comido del pan y de la carne que le conseguían los cuervos, y de la comida multiplicada mediante un milagro, pero nunca había comido tortas moldeadas por los dedos de un ángel. ¿Por qué estas pruebas especiales de ternura? Se necesitaba una manifestación especial de amor para convencer al profeta de que él aún era tiernamente amado y para conducirlo al arrepentimiento.

El primer ángel vino de noche, y cuando el ángel del Señor vino la segunda vez probablemente fue al rayar el alba sobre el mundo. Así, en el transcurso de la noche, los ángeles de Dios montaron vigilancia y guardia alrededor del profeta que dormía. Ninguno de nosotros puede medir el poder de paciencia que hay en el amor de Dios. Nunca se cansa.

Además, dicho amor de Dios se adelanta a la necesidad futura. Este pasaje siempre se destaca como uno de los más maravillosos relacionados con la historia del profeta. Podemos entender por qué Dios le dio una buena alimentación y un buen sueño como los mejores medios para que él recuperara sus facultades. Esto es lo que debíamos haber esperado de Uno que conoce nuestra constitución y recuerda que somos polvo, y que se compadece de nosotros como el padre se compadece de sus hijos. Pero es maravilloso que Dios le proveyera a su siervo todo lo que necesitaría para el largo viaje que lo

esperaba: «Levántate y come, porque largo camino te resta» (vs. 7).

El viaje lo había emprendido Elías por su propio capricho; era una larga escapada de su propio puesto de responsabilidad y estaba destinada a encontrarse al fin con una grave reprobación: «¿Qué haces aquí, Elías?».

Y, sin embargo, el Señor bondadosamente le dio alimento, con cuya fuerza pudo resistir la fatiga. La explicación de esto tiene que buscarse de nuevo en el tierno amor de Dios. La naturaleza de Elías estaba claramente sobreexcitada.

Sin duda, era él quien había tomado esta decisión de hacer este viaje tedioso hasta el Monte de Dios. Nada lo apartaría de su propósito fijo. Así, pues, Dios previó sus necesidades para el camino, aunque eran las necesidades de un siervo holgazán y de un hijo rebelde. En medio de la ira, Dios se acordó de su misericordia, y lo obsequió con las bendiciones de su bondad, y le impartió, por medio de una sola comida, la fuerza suficiente para una marcha de cuarenta días y cuarenta noches.

Ciertamente, estos pensamientos del amor de Dios impedirían que alguien siguiera por el camino descarriado.

Tal vez, lector, hayas fallado, pero no le tengas miedo a Dios, ni pienses que Él nunca te volverá a mirar. Más bien, lánzate a sus brazos amorosos; dile que lamentas profundamente lo pasado; pídele que te restaure; entrégate a Él de nuevo, y cree que Dios te volverá a usar como vaso escogido.

Capítulo 12

El silbo apacible

Reanimado por el sueño y el alimento, Elías prosiguió su viaje a través del desierto hacia Horeb. Tal vez no haya lugar en la tierra que esté más relacionado con la presencia manifiesta de Dios que ese sagrado monte. Fue allí donde la zarza ardía y no se consumía; allí fue dada la ley; allí pasó Moisés cuarenta días y cuarenta noches a solas con Dios. Era un instinto natural el que llevaba al profeta hacia allí, y el mundo entero no habría podido ofrecerle una escuela más apropiada.

Cuarenta veces vio el profeta la salida y la puesta del sol en el desierto desolado. Al fin llegó a Horeb, el Monte de Dios. Tenemos que considerar la manera en que trató Dios a su hijo decaído y holgazán.

En alguna cueva oscura, en medio de aquellos escarpados precipicios, Elías se alojó y, mientras esperaba en reflexión solitaria, el fuego ardió en su alma. Pero no tuvo que esperar mucho: «Y vino a él palabra de Jehová» (vs. 9).

Esa palabra le había venido antes con frecuencia. Le había venido en Tisbe. Le había venido en Samaria, después que le hubo dado su primer mensaje a Acab. Le había venido cuando se secó el arroyo de Querit. Lo había llamado de las soledades de Sarepta al movimiento de la vida activa. Y ahora lo halló en el desierto y le volvió a hablar. Y es que no hay lugar en la Tierra que sea tan solitario, ni cueva tan profunda y oscura, donde la palabra del Señor no pueda descubrirnos y venir a nosotros.

Pero aunque Dios le había hablado a menudo antes, nunca le había hablado en un tono como el de ahora: «¿Qué haces aquí, Elías?». El tono era severo y de reproche.

Si el profeta hubiera respondido a aquella pregunta escudriñadora de Dios con vergüenza y dolor, si hubiera confesado que había fracasado y hubiera pedido perdón, si se hubiera lanzado en los brazos piadosos y tiernos de su poderoso Amigo, no hay la menor duda de que hubiera sido perdonado y restaurado. Pero, en vez de esto, evadió la pregunta divina. No trató de explicar por qué estaba allí, ni qué estaba haciendo.

Más bien decidió insistir en su propia lealtad a la causa de Dios y ponerla en notable relieve al contrastarla con las pecaminosas deserciones de su pueblo: «He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida» (vs. 10).

Sin duda, había verdad en lo que él decía. Él estaba lleno de celo y santa devoción por la causa de Dios. Con frecuencia se había lamentado de la degeneración nacional. Sentía profundamente su propio aislamiento y soledad. Pero tales no eran las razones por las que él estaba escondido en ese momento en la cueva.

¡Con cuánta frecuencia nos hace Dios aún esta pregunta! Esto es, cuando una persona dotada de grandes facultades abre un hoyo en la tierra y entierra el talento que Dios le ha encomendado, y luego queda ociosa todo el día...

La vida es el tiempo de trabajar. Hay mucho que hacer. Hay mucho mal que destruir y mucho bien que construir; hay individuos que dudan a los cuales hay que dirigir; hay que buscar a los pecadores... ¡Arriba, cristianos, abandonen sus cuevas, y a trabajar! No lo hagan para ser salvos, sino porque son salvos.

Se le ordenó a Elías que saliera y se colocara en la entrada de la cueva. Entonces, Dios le enseñó una bella parábola de la naturaleza. Pronto oyó el sonido de un viento grande y poderoso que rompía los árboles, y en seguida pasó el tornado. Nada podía resistir su furia. Rompía los montes y quebraba las peñas delante de Jehová. Los valles se cubrieron de fragmentos astillados; «pero Jehová no estaba en el viento».

Y cuando se desvaneció el viento, hubo un terremoto. La montaña se movió para allá y para acá, con estremecimientos y crujidos; la tierra se comportaba como si una mano poderosa estuviera pasando por debajo de ella; «pero Jehová no estaba en el terremoto».

Y cuando terminó el terremoto, hubo un fuego. Los Cielos se convirtieron en una llamarada ardiente; el valle de abajo se veía como un inmenso horno de fundición; «pero Jehová no estaba en el fuego».

¡Qué extraño! Ciertamente estos eran los símbolos naturales apropiados de la presencia divina. ¡Pero oigamos! «Un silbido apacible y delicado» estaba en el aire: muy apacible, muy delicado; y ese silbido tocó el corazón oyente del profeta. Parecía ser la tierna cadencia del amor y de la compasión de Dios que había acudido en busca de él. Su música lo sacó de la cueva, hacia cuyos rincones más internos lo habían metido las terribles convulsiones de la naturaleza: «Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la salida de la cueva».

¿Qué significaba todo esto? No era difícil entenderlo. Elías anhelaba mucho que la lealtad de su pueblo hacia Dios fuera restaurada; y con frecuencia él pudo haberse hablado a sí mismo del siguiente modo: «Esos ídolos nunca serán barridos de nuestra tierra, a menos que Dios envíe un movimiento rápido e irresistible como un viento, que apresure las nubes delante de sí. La tierra nunca puede despertar, a menos que haya un terremoto moral. Tiene que haber un bautismo de fuego».

Y cuando estuvo en el Carmelo, y vio el pánico entre los sacerdotes y el anhelo del pueblo, pensó que ese tiempo -el tiempo señalado- había llegado. Pero todo se había desvanecido. Ese no era el modo escogido por Dios para salvar a Israel.

Entonces Dios le habló mediante esa parábola, como si le dijera: «Hijo mío, tú has estado esperando que Yo conteste tus oraciones con señales sorprendentes y maravillas; y por cuanto no las has visto de manera notoria y permanente, has pensado que no te pongo atención y que estoy inactivo.

Pero Yo no siempre he de ser hallado en estos movimientos grandes y visibles; a mí me gusta obrar de manera tierna, suave e imperceptible; he estado actuando de ese modo; aún estoy actuando así. Y como resultado de mi ministerio quieto y apacible, quedan en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal y cuyas bocas no lo besaron». Sí, ¿y no fue el manso ministerio de Eliseo aquel silbido apacible y delicado que vino después del viento, del terremoto y del fuego de Elías?

Ciertamente la misma naturaleza nos reprende. ¿Quién oye el movimiento de los planetas? ¿Quién detecta la caída del rocío? ¿Qué ojos han sido lesionados al romper las leves ondas de luz del día en las costas de nuestro planeta? En este mismo momento operan alrededor de nosotros las más poderosas fuerzas,

pero no hay nada que delate su presencia.

Y lo mismo ocurrió con el ministerio del Señor Jesús. Él no se esforzó, no gritó, no se levantó, no hizo oír su voz en las calles, sino que descendió como las lluvias sobre el césped cortado. Su Espíritu desciende como una paloma cuyas alas no hacen vibrar el aire apacible.

¡Animémonos! Puede que Dios no esté obrando como nosotros esperamos, pero está obrando. Si no en el viento, entonces en la brisa. Si no en el terremoto, entonces en la angustia. Si no en el fuego, entonces en el silbido apacible y delicado.

Es agradable pensar en aquellos siete mil discípulos que sólo Dios conocía. Algunas veces nos sentimos tristes al comparar el escaso número de los que profesan el cristianismo con las masas de impíos. Pero podemos animarnos: hay aún otros cristianos.

Capítulo 13

Ve, vuélvete

Es muy serio pensar que un solo pecado, en lo que concierne a este mundo, puede destruir para siempre nuestra utilidad. No siempre ocurre así. Algunas veces -como en el caso del apóstol Pedro-, el Señor bondadosamente restaura y comisiona para su obra a aquel que pudiera haber sido considerado como inepto para volver a ocuparse en ella. Pero contra este caso, podemos presentar otros tres...

El primer caso es el de Moisés. Ningún hombre ha sido jamás honrado como lo fue él: «...hablaba Jehová a Moisés cara a cara» (Éx. 33:11).

Sin embargo, por cuanto con sus labios expresó palabras imprudentes, y golpeó la roca dos veces, por incredulidad y pasión, se vio obligado a cumplir la horrible sentencia: «Por cuanto no creísteis en Mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meterás a esta congregación en la tierra que les he dado» (Nm. 20:12).

El segundo caso es el de Saúl, el primer infortunado rey de Israel, cuyo reinado se abrió tan favorablemente pero que pronto trajo sobre sí la sentencia de que sería depuesto. Sin embargo, eso se debió a un solo acto.

Alarmado por la prolongada demora de Samuel, y porque el pueblo se le dispersaba, se metió temerariamente de intruso en una función de la cual expresamente se le había excluido, y ofreció el sacrificio con el cual los israelitas estaban dispuestos a prepararse para la batalla. Así, en el mismo comienzo de su reinado, Saúl fue rechazado.

El tercer caso es el de Elías, quien nunca fue reintegrado a la misma posición que había ocupado antes de su huida fatal. Es cierto que se le dijo que volviera por su mismo camino, y se le indicó una tarea que hacer. Pero ese trabajo consistió en ungir a tres hombres: «Ve, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco; y llegarás, y ungirás a Hazael por rey de Siria. A Jehú hijo de Nimsi ungirás por rey sobre Israel; y a Eliseo hijo de Safat, de Abel-mehola, ungirás para que sea profeta en tu lugar» (1 R. 19: 15 y 16).

Esas palabras hicieron sonar las campanas que indicaban la muerte de los más acariciados sueños de Elías. Evidentemente, él no era el que iba a libertar a su pueblo de la esclavitud de Baal. Otros tendrían que hacer la obra por él; otro habría de ser profeta en su lugar.

Todos aquellos que entre nosotros ocupan posiciones prominentes, como maestros y dirigentes públicos, bien pueden aprender la lección de estos solemnes ejemplos. Tal vez no todos seamos tentados, como Elías, a la incredulidad y al desánimo. Pero nuestro gran enemigo tiene muchas otras trampas preparadas para nosotros. Cualquiera de ellas puede obligar a Dios a sacarnos de su glorioso servicio; a emplearnos sólo en ministerios más humildes, o para ungir a nuestros sucesores. Él nunca nos echará como hijos; pero, como siervos, sí puede.

¡Tengamos cuidado! Un paso falso, un abandono apresurado de nuestro puesto, un acto de desobediencia, un brote de pasión, cualesquiera de estas cosas puede conducir a nuestro Padre celestial a colocarnos a un lado. Y jamás volveremos a cabalgar sobre la cresta de la ola en movimiento. Otros terminarán la obra que nosotros dejamos inconclusa.

Pero así como hay el peligro hay también suficientes salvaguardas. Que Dios nos pade con el cuchillo dorado de su santa Palabra. Seamos celosos con respecto a cualquier cosa que aparte nuestro corazón del Señor. Tengamos como perpetuo recurso de purificación la sangre que Cristo derramó para la remisión de pecados.

Volvamos a los instrumentos de Dios designados a Elías en el monte Horeb: Hazael, rey de Siria, Jehú, el rudo capitán, y Eliseo, el joven agricultor. Cada uno era tan diferente de los otros dos como era posible; y, sin embargo, cada uno de ellos era necesario para alguna obra especial en relación con aquel pueblo idólatra. Hazael estaba destinado a ser la vara de la venganza divina que se aplicaría a Israel sin restricciones. ¡Ah, cruel, en verdad, fue el trato que este hombre les dio! (Véase 2 R. 8:12; 10:32; 12: 3, 17).

Jehú habría de ser el azote de la casa de Acab, de la que no dejaría raíz ni rama. El ministerio de Eliseo habría de ser genial y manso, como la lluvia en verano y como el rocío de la noche; como el ministerio de nuestro mismo Señor, a quien prefiguró, y de quien su nombre era significativa referencia.

Es notable el hecho de que Dios cumple sus propósitos por medio de hombres que sólo intentan obrar de acuerdo con su propio impulso personal. Su pecado no disminuye ni les es condenado por el hecho de que están ejecutando los designios del Cielo; ese pecado aun se destaca con toda su maligna deformidad. Sin embargo, aunque son responsables por el mal que hagan, es evidente, no obstante, que ellos hacen lo que la mano y el consejo de Dios determinan con anticipación de que sea hecho.

Los hombres pueden hacer cosas malas contra nosotros, por las cuales serán condenados. Pero esas mismas cosas, que son permitidas por la sabiduría y el amor de Dios, son sus mensajes para nosotros. Antes que puedan llegarnos, tienen que pasar por su presencia envolvente e incluyente; y si pasan, entonces se convierten en la voluntad de Dios para nosotros; y humildemente tenemos que aceptar la disciplina de nuestro Padre, y decir: «No sea como yo quiero, sino como tú».

Nadie puede escapar por completo de los designios personales de Dios. Las redes de Dios no están todas tejidas con el mismo tipo de malla. Los hombres pueden escapar de algunas de ellas; pero no de todas: «Y el que escapare de la espada de Hazael, Jehú lo matará; y el que escapare de la espada de Jehú, Eliseo lo matará».

No leemos que Eliseo alguna vez manejara la espada; y, con todo, el ministerio del amor manso es algunas veces más potente para abatir almas que el ministerio más vigoroso de Hazael o de Jehú; y de tal matanza surge la vida.

Y cuando vemos en torno a nosotros toda la gama de ministerios de que está lleno el mundo, podemos estar seguros de que cada individuo tiene, por lo menos, una oportunidad; y que Dios ordena las vidas de los hombres de tal manera que durante su jornada terrenal se vean confrontados con la clase de argumento más apropiado para su carácter y temperamento, si no más le ponen atención y se entregan.

Dios nunca pasa por alto a ninguno de los suyos. Elías pensó que sólo él había quedado como amante y adorador de Dios. Esa era una gran equivocación. Dios tenía muchos seguidores escondidos. No sabemos los nombres ni la historia de ellos. Probablemente eran personas desconocidas en los círculos sociales, ignoradas, de corazón sencillo y humildes. Lo único que habían hecho fue dar testimonio con su actitud de negarse a participar en los ritos

necios de la idolatría.

Pero todos eran conocidos de Dios. Él los cuidó con infinita solicitud; y por amor a ellos levantó al bondadoso y manso Eliseo para que llevara a cabo la edificación y disciplina de sus almas.

Para mí ha sido siempre motivo de admiración el hecho de que estos siete mil discípulos secretos se mantuvieran tan anónimos que escaparan al conocimiento de Elías. Es de temer que la santidad de estos seguidores ocultos fuera tan vaga y descolorida que se necesitaba a un Dios omnisciente para notarla. Pero, no obstante, Dios la advirtió...

Querido lector, puede que su vida le parezca débil e insignificante; pero si tiene tan sólo una chispa de fe y amor, y si se esfuerza por mantenerse sin mancha ante el mundo, será reconocido por Dios. Si su vida interna es genuina, no permanecerá para siempre en secreto: romperá a arder como un fuego oculto durante largo tiempo, saldrá a la luz como la semilla que se entierra en la cual hay un germen de vida.

Capítulo 14

La viña de Nabot

En una habitación del palacio, Acab, rey de Israel, yacía sobre su lecho, con la cara vuelta hacia la pared, y se negaba a comer. ¿Qué había ocurrido? ¿Había caído el desastre sobre los ejércitos reales? ¿Había muerto su consorte?

No; los soldados estaban aún enrojecidos a causa de las recientes victorias que habían logrado sobre Siria. La adoración de Baal se había recuperado mucho del terrible desastre del Carmelo; Jezabel, la resuelta, astuta, cruel y bella mujer, estaba ahora a su lado, buscando afanosamente la causa de la tristeza de él. La incógnita se nos despeja pronto...

En Jezreel estaba la residencia favorita de la casa real de Israel. En una ocasión en que Acab se hallaba allí, sus ojos divisaron una viña cercana que pertenecía a Nabot el jezeelita. Al rey le pareció la viña una adición tan valiosa a su propiedad que decidió conseguirla a toda costa.

En su impulso mandó buscar a Nabot y le ofreció cambiar su viña por otra mejor, o el valor de la viña en dinero. Para sorpresa e indignación del rey, Nabot no aceptó ninguna de las dos ofertas: «Y Nabot respondió a Acab: *Guárdeme Jehová de que yo te dé a ti la heredad de mis padres*» (1 R. 21:3).

A primera vista, este rechazo parecía grosero y falto de cortesía. Pero según la ley de Moisés, la tierra de Canaán era considerada, en un sentido peculiar, la tierra de Dios. Los israelitas eran los que ejercían la tenencia de la tierra; y una de las condiciones de esa tenencia era que ellos no vendieran aquello que les había correspondido en suerte, excepto en casos de extrema necesidad; y en esos casos, podían venderla sólo hasta el jubileo.

Nabot preveía que tan pronto como saliera de sus manos, su patrimonio se fundiría con la posesión real, y nunca podría liberarla. Con esta actitud, basada en su creencia, pudo decir bien: «Guárdeme Jehová de hacer eso». De manera que su denegación fue, en parte, un acto religioso.

Pero, sin duda, hubo algo más. Sus palabras, «la heredad de mis padres», nos sugieren otra razón muy natural de su renuncia: durante generaciones, sus padres se habían sentado debajo de esas vides y árboles; allí había pasado él los años soleados de su niñez. El jugo que se exprimiera de todas las viñas de la vecindad jamás le compensaría la nostalgia de aquellos recuerdos queridos.

El hecho de que Nabot le negara la viña hizo que Acab saltara a su carroza y volviera a Samaria; y malhumorado, volvió la cara hacia la pared, triste y enojado. Al final del capítulo anterior (véase 1 R. 20:43) vemos que Acab estaba disgustado con Dios; ahora vemos que dirige su violencia hacia un hombre.

A los pocos días se perpetró el horrible asesinato: de un solo golpe quedaron eliminados Nabot, sus hijos, y sus herederos. Y al quedar la propiedad sin herederos, naturalmente caería en las manos reales. Es entonces que Elías fue llamado de nuevo al servicio...

No sabemos cuántos años habían transcurrido desde que la palabra del Señor le había venido por última vez a Elías. Tal vez cinco o seis años. Durante todo ese tiempo, tuvo que haber esperado ansiosamente el bien conocido tono de aquella voz que deseaba oír una vez más. Y mientras los días tediosos pasaban lentos, prolongando su aplazada esperanza hasta convertirla en un lamento cada vez más profundo, el profeta interrogaba continuamente su alma y escudriñaba su corazón.

Acaso las horas, y aun los años, de silencio están llenas de oportunidades doradas para los siervos de Dios. En tales casos, nuestra conciencia no nos condena, ni nos incomoda con razón de nuestro propio entendimiento.

Nuestro sencillo deber consiste, pues, en mantenernos limpios y llenos del Espíritu; estar en la reserva para cuando el Maestro nos necesite, con la seguridad de que servimos sólo si nos quedamos allí quietos y en espera, sabiendo que Él aceptará y recompensará nuestra disposición al servicio.

Elías no fue desobediente. En una ocasión anterior en que su presencia se necesitaba urgentemente, Elías había salido huyendo para salvar su vida. Pero ahora no había vacilación ni cobardía. Se levantó y fue a la viña de Nabot, y entró en ella para buscar al rey criminal.

No le importó nada que detrás de la carroza de Acab fueran a caballo dos despiadados caudillos: Jehú y Bidcar (véase 2 R. 9:25). Por un momento ni siquiera pensó en que la mujer que antes había amenazado su vida ahora podría quitársela, enfurecida como estaba por la sangre de sus sacerdotes que recientemente él había derramado.

¿Quién no se regocija por el hecho de que Elías tuviera tal oportunidad de lavar la oscura mancha de la infamia? ¡No había sido perdido su tiempo de espera!

Nabot estaba fuera del cuadro; y Acab pudo haberse consolado, como aún lo hace la gente débil, con la idea de que él no era quien lo había matado. ¿Cómo podía él haberlo matado?

No se había movido de su lugar. Sencillamente había puesto su rostro hacia la pared, y no había hecho nada. Si recordó que Jezabel le había pedido su anillo real, para sellar con él y así dar validez a algunas cartas que ella había escrito en nombre de él, ¿cómo iba él a saber lo que ella había escrito? Por supuesto, si ella había dado instrucciones para que se matara a Nabot, ¡qué pena!, pero ya no podía hacerse nada; por todo lo cual ¿qué impedía ahora que tomara posesión de la heredad?

Con tales excusas, tuvo que apagar el último destello de conciencia que pudiera quedar en su corazón. Fue entonces cuando lo sorprendió una voz que no había oído durante años. La voz le dijo: «Así ha dicho Jehová: *¿No mataste, y también has despojado?»* (vs. 19).

Elías, guiado por el Espíritu de Dios, puso la carga de la culpa sobre los hombros donde correspondía.

Al principio, los actos de pecado arbitrario a menudo parecen prosperar: Nabot muere mansamente, la tierra absorbe su sangre, la viña pasa a manos del opresor... Pero hay Uno que ve y que muy ciertamente vengará la causa de sus siervos: «*Que yo he visto ayer la sangre de Nabot, y la sangre de sus hijos, dijo Jehová; y te daré la paga en esta heredad, dijo Jehová*» (2 R. 9:26).

Esa venganza podía demorar, pues los molinos de Dios muelen lentamente; pero sería tan cierta como el hecho de que Dios es Dios. Y, entretanto, en la viña de Nabot estaba Elías el profeta. «Y Acab dijo a Elías: *¿Me has hallado,*

enemigo mío?» (1 R. 21:20).

Aunque el rey no lo sabía, Elías era su mejor amigo; Jezabel era su más terrible enemiga. Pero el pecado lo tuerce todo.

Del mismo modo, cuando los hombres malos piensan así de nosotros, ello es indicación de que nuestra influencia se opone a sus vidas.

Elías actuó como verdadero profeta. Cada una de las calamidades que predijo se cumplieron. Con un arrepentimiento parcial, Acab pospuso su cumplimiento durante unos tres años; pero al fin de ese tiempo volvió a sus malos caminos, y cada una de las predicciones se cumplió literalmente. Él fue herido por una flecha que un hombre disparó «a la ventura» en Ramot de Galaad, «y la sangre de la herida corría por el fondo del carro»; y cuando lavaron el carro en el estanque de Samaria, los perros lamieron su sangre.

Veinte años después ya no quedaba de Jezabel nada para enterrar; con excepción del cráneo, los pies y las palmas de las manos, que habían escapado de los voraces perros, mientras el cuerpo de ella yacía expuesto en el mismo lugar. El cuerpo muerto de Joram, el hijo de ellos, fue echado sin enterrar en la misma viña de Nabot, por mandato de Jehú, a quien nunca se le olvidaron las memorables palabras del profeta (véase 2 R. 9:25). Y es que Dios cumple no sólo sus promesas sino también sus amenazas.

Toda palabra dicha por Elías se cumplió al pie de la letra. Los años que fueron pasando lo vindicaron ampliamente. Y al llegar al fin de este trágico episodio de su carrera, nos regocijamos al saber que él volvió a ser sellado con el sello divino de la confianza y de la verdad.

Capítulo 15

Recuperando el valor

A fin de entender el sorprendente episodio que tenemos delante, no debemos juzgar según nuestras elevadas normas de perdón y amor, aprendidas en la vida y la muerte de Jesucristo, la última y suprema revelación de Dios.

El Antiguo Testamento rebosa de sorprendente enseñanza acerca de la santidad y la justicia de Dios. Dios, nuestro Padre, fue tan misericordioso y resignado en aquel entonces como ahora. También entonces hubo abundantes vislumbres de su amoroso corazón.

Pero los hombres no pueden percibir demasiados pensamientos al mismo tiempo. Tienen que venirles las cosas línea por línea, precepto por precepto. Así que cada era preliminar tuvo alguna verdad especial que enseñar.

La edad de la ley mosaica, que ejerció su imperio sobre los tiempos de Elías, fue una era en que se destacaron de manera preeminente y masiva aquellos atributos impresionantes y espléndidos del carácter divino: la santidad, la justicia, la rectitud, la severidad contra el pecado. Sólo cuando esas lecciones se hubieron aprendido completamente, la humanidad pudo apreciar el amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Los críticos -quienes insensiblemente han tomado sus conceptos del amor infinito de los Evangelios que ellos mismos dicen que desprecian-desaprueban el Antiguo Testamento a causa de su tono austero y de sus leyes severas. Señalan que en él hay muchas cosas que son inconsecuentes con el espíritu más manso de nuestros tiempos.

¡No hay nada de sorprendente en esto! No podía haber sido de otro modo en una manifestación gradual de la naturaleza y el carácter de Dios. Los santos hombres que vivieron en aquellos días nunca habían oído la tierna voz del Hijo del Hombre como cuando habló en el Sermón del Monte.

Sin embargo, tenían conceptos muy definidos sobre la rectitud y la santidad de Dios, y sobre su pronta indignación contra el pecado. Esto los estimuló a hacer obras que nuestra naturaleza rechaza. Si no hubiera sido por esto, Leví nunca

hubiera matado a sus hermanos, ni Josué a los cananeos; Samuel nunca hubiera partido a Agag en pedazos delante del Señor; ni Elías hubiera asumido la función de matar a los sacerdotes de Baal, ni de pedir que descendiera fuego del Cielo para que destruyera a los capitanes junto con sus hombres.

Puede que la lectura de estas cosas nos lleve al autoexamen en la quietud de nuestro fuero interno. Haremos bien en preguntar si, concediendo que prescindamos de la manifestación externa, existe hoy día el mismo odio contra el pecado, el mismo celo por la gloria de Dios, el mismo entusiasmo inveterado a favor de la justicia, que hubo en aquellos días de fuerza, decisión e inflexible rectitud.

Estas consideraciones nos ayudarán a entender las cosas que más adelante se narran y exonerará el carácter de Elías del cargo de venganza y pasión. Esto nos capacitará para apreciar en verdad cómo resurgió en el pecho del profeta algo de su viejo intrépido valor y de su porte heroico.

Ocozías, el hijo de Acab, lo había sucedido, tanto en el trono como en los pecados. Rehuyó con cobarde temor la dura vida del campamento y los peligros del campo, y permitió así que Moab se rebelara sin intentar subyugarlo. Se entregó a una vida de indulgente complacencia en el palacio.

Pero los dardos de la muerte pueden hallarnos de igual manera cuando estamos en aparente seguridad como en medio de peligros amenazantes. Estando recostado en la baranda que protegía la azotea del palacio, de repente la baranda cedió y Ocozías cayó a tierra.

Cuando se repuso al primer pánico, el rey envió mensajeros a uno de los antiguos altares de Canaán, dedicado al dios Baal-zebul, el dios de las moscas, el santo patrono de la medicina, quien tenía cierta afinidad con el Baal de sus padres. Esto era un rechazo intencional de Jehová que no podía pasar desapercibido. Elías fue enviado a encontrarse con sus mensajeros cuando éstos iban cruzando aprisa la llanura de Esdraelón, y a darles el anuncio cierto de la muerte: «... así ha dicho Jehová: *Del lecho en que estás no te levantarás, sino que ciertamente morirás*» (2 R. 1:4).

Los criados no conocían a aquel extraño. Sin embargo, quedaron tan impresionados por aquella figura imponente y por aquel tono de autoridad, y tan afectados por el terrible anuncio, que decidieron regresar de inmediato al rey. Cuando le explicaron la razón de su rápido regreso, Ocozías tuvo que

haber adivinado quién era el que se había atrevido a atravesarse en el camino de ellos y a enviarle a él tal mensaje. Pero para estar más seguro les pidió que describieran al misterioso extraño. Ellos le respondieron que era «un varón que tenía vestido de pelo». Largas y pesadas trenzas de cabello no cortado le bajaban por los hombros; su barba le cubría el pecho y se mezclaba con las pieles toscas que constituían su única ropa. Era suficiente; el rey lo reconoció de inmediato, y dijo: «Es Elías tisbita» (vs. 8).

Dos emociones llenaron entonces su corazón. Desesperadamente deseaba tener a Elías en su poder para hacer caer su ira sobre él, y tal vez abrigaba también la secreta esperanza de que los labios que habían anunciado su muerte podían ser inducidos a revocarla.

Por tanto, resolvió capturarlo, y a ese fin despachó a un capitán con una tropa de cincuenta soldados. Y cuando éstos murieron quemados, volvió a mandar a otro capitán con sus cincuenta: «Varón de Dios, el rey ha dicho que desciendas» (vs. 11).

No había venganza personal en la terrible respuesta del viejo profeta. Yo creo que él estaba lleno de un fuego consumidor por la gloria de Dios, que tan rudamente había sido pisoteada: «Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del Cielo, y consúmeme con tus cincuenta» (vs. 12).

Y en ese momento descendió el fuego y derribó a los impíos blasfemos. En la disposición de Elías para ir con el tercer capitán, quien le habló con reverencia y humildad, se ve claramente que no había en él malicia: «Entonces el ángel de Jehová dijo a Elías: *Desciende con él; no tengas miedo de él.* Y él se levantó, y descendió con él al rey» (vs. 15).

Aquí se esboza una idea de la mansedumbre y dulzura de Cristo. ¡Qué maravilloso es pensar que Él, quien con una sola palabra pudo haber hecho descender fuego del Cielo para que destruyera a los soldados que fueron a arrestarlo al Getsemaní, no pronunciara esa palabra! Sólo los hizo caer a tierra un instante, para demostrarles que estaban absolutamente en su poder; pero se retuvo de tocar siquiera un cabello de sus cabezas. Y es que Jesús estaba bajo el apremio de una ley superior: la ley de la voluntad de su Padre, la ley del amor altruista, la ley del pacto sellado antes de la fundación del mundo.

El único fuego que Cristo buscó fue el fuego del Espíritu Santo. ¡Oh, qué incomparable mansedumbre! ¡Qué maravilloso dominio de Sí mismo! Que a

cada uno de nosotros, sus indignos seguidores, se nos conceda la gracia de andar en sus pasos y de emular su espíritu; de no invocar el fuego de la venganza, sino buscar la salvación de aquellos que nos perjudicarían; de no invocar el fuego del Cielo, sino dejar que las ascuas se amontonen sobre las cabezas de nuestros adversarios y los derritan en dulzura, bondad y amor.

Aquí también se sugiere la imposibilidad de que Dios alguna vez perdone el pecado desafiante y blasfemo. Es verdad que Dios suspira por los hombres con una indecible ternura que ruega. Él no quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3:9). En cada brote de pecado humano, en el destino de todos los perdidos, en cada refriega que se produce en la calle, en el peldaño de entrada a toda taberna, en medio de las orgías blasfemas que hay en toda guarida de impureza y vergüenza, ese amor de Dios aguarda, lleno de lágrimas, de anhelos, de ruegos...

«Porque de tal manera amó Dios al mundo...» (Jn. 3:16).

Y, sin embargo, lado a lado con este amor hacia el pecador está el odio de Dios contra el pecado. Esta paciencia sólo dura mientras haya la posible esperanza de que el transgresor se aparte de sus malos caminos. La ira de Dios contra los pecadores, que definitivamente decidieron pecar, tal vez dormita, pero no está muerta.

Se cierne sobre ellos y sólo es retenida por el deseo de Dios de dar a todos la oportunidad de la salvación. No obstante, la paciencia terminará al fin, como terminó la espera en los días de Noé. Entonces descenderá el fuego, del cual la llama material que cayó sobre estos soldados no es sino un símbolo leve e imperfecto.

Entonces se descubrirá lo amargo que es encontrarse con la ira del Cordero, «cuando se manifieste el Señor Jesús desde el Cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al Evangelio de Jesucristo» (2 Ts. 1: 7 y 8).

Necesitamos proclamar más este lado del Evangelio. Entre nosotros hay una falta alarmante de comprensión del pecado. Grandes multitudes son indiferentes al mensaje de misericordia, por cuanto no han sido despertadas con el mensaje de la santa ira de Dios contra el pecado. Necesitamos otra vez que alguien venga con el poder de Elías y haga la obra de Juan el Bautista y, con los dolores de la convicción, prepare a los hombres para el dulce

ministerio de Jesucristo.

La necesidad clamorosa de nuestro tiempo es una convicción más profunda de pecado. Luego, cuando el fuego de la convicción de Elías haya derribado al polvo todas las confianzas humanas, habrá lugar para que un Eliseo restaure los corazones afligidos con el mensaje de la misericordia.

También se nos asegura que Elías fue plenamente restaurado para el ejercicio de una fe gloriosa. En alguna ocasión anterior la amenaza de Jezabel había sido suficiente para hacerlo huir. Pero en este caso él se mantuvo firme, aunque una banda armada había venido a capturarlo. Y cuando se le dijo que descendiera con el tercer capitán y sin vacilación se presentara ante el rey, no titubeó, aunque tendría que pasar por las calles de la apiñada capital directamente hacia el palacio de sus enemigos.

¿No es bello contemplar este glorioso brote de la fe en Querit, en Sarepta y en el Carmelo? El viejo profeta, cuando ya estaba cercana su recompensa, estuvo tan vigoroso en esto como cuando le hizo el primer desafío a Acab. ¡Gloria a Aquel que restaura el alma de sus santos vacilantes y quiere usarlos una vez más en su glorioso servicio!

Capítulo 16

Oración vespertina

La bondadosa providencia de Dios permitió que Elías, tras una vida llena de tormentas y tempestades, disfrutase de un atardecer de luz, de paz y de reposo. Fue como si el espíritu de aquel mundo en que él estaba a punto de entrar estuviera ya derramando sus encantos sobre su sendero.

Siempre hay algo bello en los años postreros de uno que en la primera parte de su vida se atrevió a hacer algo noble y tuvo éxito. La antigua fuerza aún brilla en los ojos, pero sus rayos están atenuados por aquella ternura de la fragilidad humana y por aquel profundo conocimiento de sí mismo que sólo viene con los años. Tal parece haber sido el ocaso de la vida de Elías, y debe haber sido consolador para él el hecho de que se le concediera un tiempo de relativa calma al final de su agitada carrera.

Aquellos años de retiro fueron valiosos en sumo grado, tanto por sus efectos inmediatos en centenares de vidas jóvenes, como por sus consecuencias para el distante futuro. La vida de Elías se ha llamado «un ministerio de un solo hombre»; y este solo hombre fue, como exclamó Eliseo, «¡carro de Israel y su gente de a caballo!». Él caracterizó su época. Sobresalió por encima de todos los hombres de su tiempo por sus hazañas heroicas y por sus obras de fuerza sobrehumana. Luchó solo contra las olas de idolatría y pecado que estaban arrasando la Tierra.

Aunque Elías tuvo amplio éxito en cuanto a impedir que muriera la causa de la verdadera religión, tuvo que haberse dado cuenta con frecuencia de que hacía falta llevar adelante la obra de una manera más sistemática y avivar el país de manera más completa con la influencia de hombres devotos. Así pues, bajo la dirección divina, él promovió celosamente, o tal vez inauguró, las «escuelas de los profetas». Cuando usamos la palabra «profeta» pensamos que se refiere a una persona que puede predecir el futuro.

Pero esto es causa de no poca confusión en el estudio de la Biblia. Su verdadero significado incluye la idea de predicción como parte de un conjunto más amplio. La palabra original «profeta» significa «rebotar o desbordarse». De modo que un profeta era uno cuyo corazón estaba rebosante con algo

bueno, comunicaciones divinas que luchaban dentro de él por ser expresadas.

El profeta era el vocero de Dios. Así que estas escuelas de los profetas eran colegios en los cuales se reunía cierto número de hombres jóvenes con el corazón abierto para recibir y los labios dispuestos a pronunciar el mensaje de Dios.

En sus últimos años, Elías reunió a su alrededor la flor de los siete mil, y los educó para que recibieran y transmitieran algo de su propia fuerza espiritual y de su fuego. Estos fueron los seminarios misioneros de aquella época.

Tales jóvenes se agruparon en compañías separadas de cincuenta, en diferentes pueblos. Eran llamados «hijos»; y al principal, como el abad de un monasterio, se le llamaba «padre». Usaban ropa sencilla; comían juntos y vivían en cabañas hechas con maderas. Estos hombres estaban bien versados en los libros sagrados, los cuales ellos probablemente transcribían para la circulación y leían en público al pueblo.

Con frecuencia eran enviados a hacer diligencias del Espíritu de Dios: a ungir a algún rey, a reprochar a algún pecador altanero, o a ponerse de parte de los inocentes oprimidos o injuriados. De modo que no fue pequeña la obra que tuvo que realizar Elías para establecer estas escuelas sobre una base tan segura que, cuando él desapareciera, pudieran perpetuar su influencia de él y conservar vivas las llamas que él había encendido.

Nos impresiona profundamente la calma de espíritu que el profeta tuvo en sus últimos días. Él sabía que antes que pasaran muchos soles, estaría en la luz de la eternidad, junto a sus colegas, entendiendo todos los misterios que habían dejado perplejo su anhelante espíritu y viendo el rostro de Dios.

Pero pasó esos días, como antes lo había hecho con frecuencia, visitando las escuelas de los profetas, o conversando tranquilamente con su amigo, de cuyo lado una carroza lo arrebató al final. La consideración de esta escena nos enseña que un hombre bueno debe vivir de tal manera que no necesite ninguna preparación especial para cuando de repente lo llame la muerte, y que nuestra mejor actitud para esperar el paso de este mundo al otro consiste en continuar cumpliendo los deberes de la vida diaria.

Wesley dio una sabia y verdadera respuesta a la siguiente pregunta: «¿Qué haría usted si supiera que habría de morir dentro de tres días?».

«Simplemente haría lo que ya tengo planificado hacer: servir en un lugar; encontrarme con mis predicadores en otro; alojarme en otro; hasta que llegue el momento en que yo sea llamado a entregar mi espíritu a Aquel que lo dio». Debemos desear ser hallados, cuando nos llegue la llamada, haciendo el trabajo que se nos ha asignado, y en el lugar donde el deber demanda nuestra presencia en esa hora. El taller y la fábrica están tan cerca del Cielo como el santuario; la tarea que Dios nos ha dado es una altura tan bella para la ascensión como el Monte de los Olivos o el de Pisga.

A pesar de que Elías trató de persuadir a su discípulo muchas veces para que no lo hiciera, Eliseo lo acompañó en el escarpado descenso hacia Betel y Jericó. El historiador sagrado destaca el poder del afecto que existía entre los dos usando en plural el verbo en tres oportunidades: «Descendieron, pues», «vinieron, pues», «fueron, pues». Y la fuerza de ese amor se manifestó también en la repetida aclamación: «Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré» (2 R. 2:4).

Es dulce pensar que en la naturaleza fuerte y ruda de Elías había cualidades tan atractivas que podían despertar un afecto tan profundo y tenaz. Captamos una vislumbre de un lado más tierno al cual apenas se le ha prestado atención. Una rara emoción inundaba también los corazones de los jóvenes, cuya reverencia por el profeta corría pareja con el amor que él les tenía, mientras veían a su maestro por última vez.

Pero en la relación que hubo entre ellos, ¿qué real pareció ser el Señor, y cuán cercano pareció estar! Para Elías, el Señor era quien lo enviaba de lugar en lugar. Para Eliseo, el que lo enviaba de un lugar a otro era el Señor viviente a quien Elías acudía constantemente, el Señor que vivía en el otro lado del gran cambio por el cual su señor había de pasar hacia Él. Para los profetas, el Señor era el que les quitaba a su maestro y adalid para llevárselo consigo. Ciertamente los que hablan así han llegado a una posición en la que pueden encontrarse con la muerte sin ningún temblor.

Capítulo 17

El traslado

Al fin hemos llegado a una de las escenas más sublimes del drama del Antiguo Testamento. Con sólo una o dos fuertes pinceladas se nos dice todo lo que podemos saber. El velo de la distancia, o de la elevación de las montañas, fue suficiente para ocultar las figuras de los dos profetas que se alejaban de la mirada anhelante del grupo que los observaba desde las cercanías de Jericó.

Y la deslumbrante gloria del cortejo celestial hizo que el único espectador no pudiera ver muy de cerca. ¡No es nada extraño, entonces, que el relato se nos ofrezca en tres breves declaraciones!

«Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al Cielo en un torbellino» (vs. 11).

Los dos amigos hicieron un breve alto ante las anchas aguas del Jordán, que amenazaba con impedirles el paso; y Elías tomó su bien desgastado manto, lo dobló y golpeó las aguas. Estas se apartaron a uno y otro lado, y dejaron un camino claro por donde ellos pasaron.

El lugar fue el adecuado. No ocurrió en Esdraelón, ni en Sinaí, ni en las escuelas de Gilgal, Betel o Jericó, sino en el escenario familiar de su juventud; en un sitio desde el cual se divisaban lugares que estaban relacionados con los sucesos más memorables de la historia de la nación, rodeado por la solitaria grandeza de algún desfiladero. Allí Dios envió su carro para llevar a Elías a su hogar.

También el método fue adecuado. Elías mismo había sido como un torbellino que arrasa todo lo que está delante con su impetuosa carrera, y deja una estela de devastación y ruina. Fue adecuado que un hombre «torbellino» fuera arrebatado al Cielo en el mismo elemento de su vida. Nada más apropiado que el hecho de que la energía tempestuosa de su carrera se fundiera en la espiral del torbellino, y la intensidad de su espíritu, en el fuego que hacía fulgurar a los serafines enjaezados. ¡Qué contraste el que hay entre esto y el suave

movimiento hacia arriba de nuestro Salvador en su ascensión!

Fue asimismo adecuada la exclamación con que Eliseo se despidió de Elías: «¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!» (vs. 12).

Aquel hombre, a quien él había llegado a amar como a un padre, había sido en realidad una carroza armada de defensa para Israel.

¡Ay, tales hombres son raros! Pero en nuestro tiempo los hemos conocido, y cuando de repente han sido quitados de nuestro lado, hemos sentido como si la Iglesia hubiera sido despojada de una de sus columnas principales de seguridad y auxilio.

Una de las principales razones de este traslado fue, sin duda, que sirviera como un testimonio para su época. Los hombres de su tiempo pensaban poco en la vida después de la muerte. En el mejor de los casos, los judíos sólo tenían nociones vagas de la otra vida. Pero aquí se dio una evidencia convincente de que hay un mundo en que entran los justos; y de que, cuando el cuerpo muere, el espíritu no participa de su destino, sino que entra en un estado de ser en que los instintos más nobles hallan su ambiente propio y su hogar: el fuego con el fuego; el espíritu con el espíritu; el hombre de Dios con Dios.

Un testimonio similar se les dio a los hombres del tiempo de Enoc, cuando éste fue arrebatado antes del diluvio; y también se dio igual testimonio mediante la ascensión de nuestro Señor desde el Monte de los Olivos. ¿Dónde terminaron estos tres maravillosos viajes, que no fuera un sitio de destino apropiado como término o meta?

Y al difundirse las noticias, que produjeron en todos los que las oían una misteriosa reverencia, ¿no hubieran hecho nacer en ellos la convicción de que ellos de igual manera tendrían que hacer ese maravilloso viaje hacia lo invisible, remontándose más allá de los mundos, o hundiéndose en el abismo insondable?

Otra razón fue que Dios, evidentemente, quiso sancionar de manera impresionante las palabras de su siervo. ¡Qué fácil era para los hombres de aquel tiempo evadir la autoridad del ministerio de Elías, afirmando que éste sólo era un entusiasta, un alarmista, un revolucionario! Y si él hubiera muerto en la edad senil, se habrían sentido más animados aún en sus impías conjeturas. Pero las bocas de los blasfemos y contradictores quedaron cerradas

cuando Dios puso un sello tan conspicuo sobre el ministerio de su siervo. El traslado fue para la obra que hizo Elías en vida lo que la resurrección fue para Jesús: un innegable testimonio de Dios para el mundo.

Tengamos cuidado de no decirle a Dios lo que debe hacer. Éste fue el hombre que se tiró a tierra y le pidió a Dios que le quitara la vida. ¡Cuán bueno fue que Dios se negó a contestarle lo que anhelaba! ¿No fue mejor que él pasara de este mundo, echado de menos y amado, en la carroza que su Padre había enviado para él?

Sin duda alguna, esta es una de las razones por las cuales nuestras oraciones se quedan sin respuesta. No sabemos lo que pedimos. La próxima vez en que nos sea denegada una petición, pensemos que eso se debe a que Dios está preparando algo para nosotros que es mucho mejor que lo que le pedimos, así como el traslado de Elías fue mucho mejor que lo que él pidió para sí.

Aprendamos también lo que es la muerte. Es un traslado; pasamos por una puerta, cruzamos un puente donde hay sonrisas y, luego, irrumpimos la oscuridad hacia la luz. No hay intervalo de inconsciencia, ni un paréntesis de suspenso inanimado. «Ausentes del cuerpo», pero instantáneamente «presentes al Señor».

Como por un solo acto de nacimiento, entramos en esta vida baja, así por un sólo acto -que los hombres llamamos muerte, pero que los ángeles llaman nacimiento (pues Cristo es el primogénito de entre los muertos)- pasamos a la vida real. El hecho de que Elías apareció en el Monte de la Transfiguración en santa comunión con Moisés y con Cristo demuestra que los muertos bienaventurados son los que realmente viven, y que entraron en esta vida en un solo momento, el momento de la muerte.

Algo referente a este augusto acontecimiento estuvo en la mente del gran predicador galés Christwas Evans cuando, agonizante, movió majestuosamente la mano en señal de despedida a los que estaban cerca y, mirando hacia arriba con una sonrisa, pronunció sus últimas palabras: «¡Adelante! Las carrozas de Dios son veinte mil».

Capítulo 18

Porciones del espíritu de Elías

Se nos dice que luego de haber pasado el Jordán, los dos amigos iban hablando. ¡Tuvieron que haber discutido temas sublimes mientras se hallaban en los mismos confines del Cielo y en el vestíbulo de la eternidad! La apostasía de Israel cuya condenación se aproximaba, la perspectiva de la obra para entrar a la cual se estaba preparando Eliseo: estos temas y otros afines tuvieron que haberlos ocupado.

En el transcurso de esta conversación, Elías dijo a Eliseo: «Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti» (vs. 9). Era una puerta que el amigo mayor abría completamente para su amigo menor.

Eliseo no buscó riqueza, ni posición, ni poder del mundo, ni una participación en aquellas ventajas a las cuales dio la espalda para siempre cuando se despidió de su hogar, de sus amigos y de las perspectivas del mundo...

«Y dijo, Eliseo: *Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí*».

¿Qué quiso decir Eliseo con esta petición? Él estaba solicitando ser considerado como el hijo mayor de Elías, el heredero de su espíritu, el sucesor de su obra. Hay un pasaje en la ley de Moisés en que se indica claramente que la «doble porción» era derecho del primogénito y heredero (véase Dt. 21:17). Esto fue lo que el profeta buscó; y esto fue ciertamente lo que obtuvo.

¡Fue una petición noble! Evidentemente Eliseo fue llamado a continuar la obra de Elías; pero él sentía que no se atrevía a emprender sus responsabilidades, ni a enfrentarse a sus inevitables peligros, a menos que fuera especialmente equipado con poder espiritual.

No tenemos que rehuir el intento de hacer la obra de Elías si antes hemos recibido el espíritu de Elías. No hay obra a la cual Dios nos llame para la cual no nos haya preparado y considerado aptos.

No olvidemos que el mismo Elías hizo lo que hizo, no por sus cualidades inherentes, sino porque por medio de la fe había sido ampliamente dotado por

el Espíritu de Dios; ni olvidemos que lo que él hizo podemos nosotros volverlo a hacer -los más débiles y humildes pueden hacerlo- si sólo estamos dispuestos a esperar, velar y orar, hasta que el Pentecostés irrumpa en nosotros, con su sonido de viento recio y sus lenguas de fuego, o sin ellas.

Entendamos ahora claramente las dos condiciones que se le impusieron a Eliseo...

En primer lugar, tenacidad en el propósito. Elías lo probó severamente en cada paso del viaje de despedida. Repetidamente le dijo: «Quédate aquí». Pero Eliseo sabía lo que buscaba; él entendía el significado de la disciplina a que estaba siendo sometido; y con la prueba severa, creció su resolución heroica, como las aguas de una corriente se acumulan contra una represa que las detiene, hasta que pasan sobre ella y siguen como un torrente por el lecho del río.

¡Con cuánta frecuencia nos persuadimos de que podemos adquirir las más grandes bendiciones espirituales sin pagar el precio equivalente!

Fue así como Jacobo y Juan pensaron que podían obtener cada uno un puesto al lado del trono con sólo pedirlo. No comprendían que la cruz precedía a la corona; ni que la amarga copa del Getsemaní estaba entre ellos y el himno de coronación. Tenemos que pasar el Jordán; tenemos que tomar diariamente la cruz y seguir a Jesús; tenemos que conformarnos a Él en la semejanza de su muerte y en la comunión de sus padecimientos; la voluntad divina tiene que ser aceptada con amor, aunque cueste lágrimas de sangre y amargo dolor. Luego, una vez evidenciada la firmeza de nuestro propósito, habremos demostrado que somos dignos de recibir el supremo don de Dios.

En segundo lugar, se le otorgó discernimiento espiritual. «Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho así; mas si no, no» (2 R. 2:10).

No había nada arbitrario en esta demanda. Para ver las transacciones del mundo del espíritu se requiere un espíritu de una pureza no ordinaria, y de una fe no ordinaria. El simple ojo mortal no hubiera podido ver el cortejo de fuego. Los sentidos embotados por la pasión, o cegados por el materialismo, no hubieran podido ver el espacio ocupado por los serafines de fuego; les hubiera parecido desprovisto de ningún interés especial y vacío como el resto del escenario circundante. Tal vez en todo Israel no había otro individuo que tuviera un corazón lo suficientemente puro, o una naturaleza espiritual lo

suficientemente penetrante como para ser sensible a tan gloriosa visita. Pero, puesto que Eliseo lo vio todo, ello era clara indicación de que había dominado sus pasiones; su temperamento se había refinado y su vida espiritual era saludable.

He aquí, pues, la respuesta: «Alzó luego el manto de Elías que se le había caído...» (vs. 13).

¡Ah, ese manto que se cayó! ¡Cuánto significaba! Se dice que el hecho de otorgar el manto siempre ha sido considerado por el pueblo oriental como parte indispensable de la consagración para un oficio sagrado. Por tanto, cuando el manto de Elías flotó hasta los pies de Eliseo, éste entendió de inmediato que el mismo Cielo le había ratificado su petición, creyó que había sido ungido con el poder de Elías.

Si con fe y paciencia suplicamos del Padre Celestial que nos dé la plenitud del Espíritu Santo, jamás debemos preguntarnos si nos sentimos llenos. Tenemos que creer que Dios ha cumplido la palabra que nos ha dado y que estamos llenos, aunque no hayamos tenido señales celestiales de la entrada de ese glorioso poder.

Pero otros se darán cuenta de que en nosotros está presente algo que nunca antes tuvimos, cuando nos vean junto a un caudaloso Jordán, cuyas aguas turbulentas se separan y nos dejan pasar al golpe de nuestro manto.

Tan pronto como recibamos algún gran don espiritual, demos por cierto que será sometido a prueba. Así ocurrió con Eliseo: «...volvió, y se paró a la orilla del Jordán» (vs. 13).

¿Vaciló? En tal caso fue sólo por un momento. Eliseo había visto a Elías en el momento de partir y creyó, por tanto, que una doble porción de su espíritu había caído sobre él. De modo que con la seguridad de su fe tomó el manto de Elías, que había caído sobre él, golpeó las aguas y dijo: «¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?»

Y así que hubo golpeado del mismo modo las aguas, se apartaron a uno y a otro lado, y pasó Eliseo. Viéndole los hijos de los profetas que estaban en Jericó al otro lado, dijeron: *El espíritu de Elías reposó sobre Eliseo*» (vs. 14 y 15).

«¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?», este clamor se ha levantado a menudo cuando la Iglesia, despojada de sus pastores, se ha visto frente a frente con alguna dificultad grande y aparentemente insuperable. Y algunas veces ha habido más desesperación que esperanza en este clamor. Pero aunque Elías se va, el Dios de Elías permanece.

Dios se lleva a sus obreros rendidos al Cielo; pero tiene el cuidado de proveer reemplazos y de ungir a otros para que continúen la obra. Recojamos nosotros el manto del que partió. Sigamos su ejemplo, busquemos su espíritu; golpeemos las amargas aguas de la dificultad con una fe firme; y descubriremos que el Señor Dios de Elías hará tanto por nosotros como por los santos que han sido arrebatados a recibir su recompensa y que ahora están entre la gran nube de testigos que observan nuestros conflictos, triunfos y alegrías.

Capítulo 19

La transfiguración

No obstante, el cansancio de su labor, Jesús dedicaba tiempo a la conversación privada con sus amigos. Tenía que prepararlos para la tragedia que se aproximaba, de la cual ellos estaban curiosamente inconscientes. Iba viajando hacia el norte con sus discípulos, evitando el paso por pueblos grandes, hasta que llegaron a una de las aldeas más pequeñas, asentada en las laderas del monte Hermón.

Pasados ocho días, a la hora en que las sombras de la noche caían sobre el mundo, Jesús tomó consigo a Pedro, Jacobo y Juan, y los llevó a una cumbre cercana, apartada de la vista y del sonido de la gente. El Señor iba a prepararse para el venidero conflicto por medio de la oración, y tal vez los tres discípulos favoritos le proveerían comunión para la primera parte de la noche. Pero ellos pronto se cansaron; como ocurrió después en el Getsemaní, no tardaron en quedarse dormidos, aunque en parte conscientes de la presencia de su Maestro mientras Él derramaba su alma con fuertes gemidos y lágrimas.

No sabemos cuántas horas pasaron antes que despertaran con un sobresalto de sopor, no por el tenue fulgir del amanecer sino por efecto del intenso resplandor de gloria que emanaba de la Persona de su Maestro. La apariencia de su rostro cambió; «resplandeció su rostro como el sol» (Lc. 9:29). Su resplandor no era un reflejo procedente de afuera, como el de Moisés, sino que irradiaba desde adentro, como si la gloria (*Shekinah*), escondida durante tanto tiempo, estuviera filtrándose a través del frágil velo de la carne: «Su vestido se hizo (...) blanco y resplandeciente».

Era más resplandeciente que la nieve reluciente que estaba más arriba; parecía como si los ángeles lo hubieran tejido de luz. Pero tal vez la maravilla más grande de todas fue la presencia augusta de dos hombres, los cuales eran Moisés y Elías, «quienes aparecieron rodeados de gloria y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén» (vs. 31).

Ciertamente, el Señor se estaba acercando a la hora más oscura de su camino, cuando como Hijo de Dios sería llevado a un suplicio de ignominia y vergüenza. El mismo Cielo se puso en movimiento para asegurar a sus amigos

y convencer al mundo de la naturaleza especial que había en Él.

¿Debía Dios comisionar para esto a los serafines? No, porque los hombres simplemente quedarían deslumbrados. Mejor enviar de regreso a algunos de la familia humana, cuyas obras ilustres aún sobrevivían en el recuerdo de la humanidad, lo cual daría peso al testimonio de ellos. Sin embargo, ¿a quiénes seleccionar?

Hubiera sido bueno enviar al primer Adán, para que diera testimonio de la suprema dignidad del Segundo; o a Abraham, el padre de los que creen. Pero estos dos fueron dejados en favor de otros dos que podrían tener más influencia sobre los hombres de ese tiempo como representantes de dos grandes departamentos del pensamiento judío y de la Escritura: Moisés, el fundador de la ley, y Elías, el más grande de los profetas.

Es imposible exagerar la prominencia que tenía Elías en la mentalidad judía. En la circuncisión de un niño, siempre se colocaba un asiento para él; y en la celebración anual de la Pascua en cada hogar, se servía vino para que él tomara. Era creencia general que él habría de volver para anunciar el advenimiento del Mesías. Por tanto, el hecho de que él había estado junto a Jesús de Nazaret para rendirle homenaje y ofrecerle ayuda ejercía enorme influencia en aquellos discípulos, y a través de ellos en la posteridad. Y fue en parte el recuerdo de Pedro del homenaje que Elías le había rendido a su Maestro lo que lo llevó a decir años más tarde que él había sido testigo ocular de su majestad.

Otra razón de que estos dos hombres de fe fueran los comisionados para hablar con el Señor puede hallarse en la circunstancia peculiar en que los dos abandonaron el mundo. Moisés murió, no por enfermedad ni por decadencia natural, sino con un beso de Dios. Su espíritu pasó sin dolor y de manera misteriosa a la gloria, mientras Dios se encargaba de enterrar su cuerpo. Elías no murió. La enfermedad y la vejez no hicieron nada para quitar lo material de su ser. Simplemente, fue arrebatado en un carro hacia el Cielo...

Pero aún otra razón se sugiere: el evidente cumplimiento de su ministerio. Moisés y Elías habían sido enviados originalmente a preparar el camino para el Cristo.

«Hemos hallado -dijo Felipe- a Aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas» (Jn. 1:45).

El mismo Pedro estuvo preparado para tratar a Moisés y a Elías en igualdad de condiciones con su Maestro, pues quiso hacer tres enramadas. Por tanto, Moisés y Elías fueron arrebatados en una nube, y no quedó sino «Jesús solo»; y se oyó una voz de Dios que insistió en que Pedro y los otros dos discípulos sólo debían oírle a Él. Fue como si Dios hubiera dicho: «Como vosotros habéis oído la ley y los profetas, así ahora, oíd a mi Hijo. No os pongáis otra vez bajo la ley, ni os conforméis con los profetas por más altos que sean sus ideales y ardientes sus palabras; sino pasad de la esperanza a la realidad, del símbolo al cumplimiento perfecto».

Moisés, Elías y el Señor no hablaron de las últimas noticias del Cielo, ni de su maravilloso pasado; ni tampoco del distante futuro. Hablaron acerca de la partida que Jesús habría de emprender pronto en Jerusalén.

Este tema llenaba el Cielo. Los ángeles estaban sumidos en asombro, reverencia y amor al observar cada paso hacia la señalada meta. ¿No podemos imaginar que toda la vida del Cielo se paralizó e hizo una pausa ante aquella estupenda tragedia? Era, pues, natural que estos recientes visitantes procedentes de las celestiales alturas hablaran sobre el más fascinante de los temas en la Tierra de la cual ellos habían salido.

La propia salvación de ellos descansaba en el significado de aquella portentosa muerte. Si alguna vez hubo hombres que hubieran podido tener la oportunidad de ser aceptados por sus propios méritos, ciertamente éstos eran de tales hombres. Pero ellos no tenían méritos propios. Su única esperanza de salvación estaba donde está la nuestra: en que Cristo venciera el aguijón de la muerte y abriera el Reino del Cielo para todos los que creen.

Y ciertamente nuestro Señor los hubiera guiado a insistir en un tema que con tanta persistencia ocupaba su mente. Jesús vivía esperando la hora de su muerte. Para esto había nacido.

Pero ahora parecía muy cercana. Ya estaba dentro de la sombra de la cruz. Y tuvo que haber sido estimulante para Él hablar con estos espíritus elevados acerca de los diversos aspectos del gozo que estaba puesto delante de Él. Moisés pudo haberle recordado que si como Cordero de Dios tenía que morir, como Cordero de Dios redimiría incontables almas. Elías pudo haber insistido en la gloria que eso le daría al Padre.

Veamos cómo contemplan los hombres la obra de Cristo a la luz de la eternidad. Ellos no abundaron primariamente en el misterio de la santa encarnación, o en la filantropía de la vida de Él, o en el contenido de sus enseñanzas. Todas estas cosas empequeñecen en comparación con su muerte. Esta es la pieza maestra. Los atributos de Dios hallan aquí su más completa y armoniosa ejemplificación.

En la muerte de Cristo se hace frente al problema del pecado humano y de la salvación, y se resuelve. Cuanto más nos acerquemos a la cruz, y cuanto más meditemos en la muerte que se cumplió en Jerusalén, tanto más nos acercaremos al centro de las cosas, tanto más profunda será nuestra armonía con nosotros mismos y con todos los demás espíritus nobles, y con el mismo Dios.

Subamos, pues, a esa montaña frecuentemente, con santa reverencia; recordando que en todo el universo no hay espíritu más profundamente interesado en los misterios y en el significado de la muerte de nuestro Salvador que el noble profeta que ahora no busca honor más alto que el de estar para siempre cerca de su amado Maestro, como lo hizo Elías, durante breve tiempo, en el Monte de la Transfiguración.

Entre las miríadas de estrellas que brillarán para siempre en el firmamento del Cielo, ninguna brillará con más brillante y constante gloria que Elías, un hombre que estuvo sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, quien fue llevado al Cielo sin que lo tocara la muerte, y estuvo junto a Cristo en el Monte de la Transfiguración. Profeta de fuego, hasta entonces, ¡adiós!

Capítulo 20

Lleno del Espíritu Santo

¿Qué podemos hacer en nuestra vida breve, si estamos dispuestos a ser sencillamente canales vivientes a través de los cuales descienda el poder de Dios hacia otros? En este caso, el potencial de utilidad de nuestra vida no tiene límite. Lo único que se necesita es un medio de comunicación entre dos; ¿por qué no ser nosotros tal medio?

Hay una espléndida ilustración de esto en la vida de Elías, de la cual ya nos vamos a despedir. Durante más de cien años la marejada se había levantado furiosa contra la verdad de Dios. La idolatría había pasado de la adoración de los becerros de Jeroboam a la adoración de Baal y de Astarot; junto con las orgías licenciosas y los horribles ritos que acompañaban al antiguo culto que se rendía a las fuerzas de la naturaleza. El sistema era mantenido por una inmensa organización de astutos sacerdotes que habían surgido en la vida nacional como un brote de hongos, y habían echado profundas raíces en los corazones.

En medio de tal situación se presentó Elías, sin armas, procedente de las montañas del otro lado del Jordán, donde había nacido. Era un montañés desgredado, rudo; no acostumbrado a los modales de la corte ni al conocimiento de las escuelas. Y enseguida experimentó un decisivo freno al avance de la idolatría. Elías vindicó la existencia y el poder de Jehová. Infundió nuevo coraje al remanente de verdaderos discípulos. Reedificó los altares; abrió escuelas para la preparación de los jóvenes piadosos; fue escogido un sucesor para él; y en general le dio un ímpetu a la causa de la verdad que repercutió a través de muchas generaciones.

Tal vez el mayor tributo al poder que ejerció Elías sobre sus contemporáneos sea el hecho de que su nombre y su obra se destacaron de manera resuelta y definida durante novecientos años después de su muerte, sobrepasando la escuela entera de los profetas judíos y sirviendo de modelo al precursor de nuestro Señor. Malaquías, el último profeta, no pudo hallar mejor símbolo del pionero de Cristo que el famoso profeta que, siglos antes, había sido llevado al Cielo en un carro de fuego: «He aquí, Yo os envío al profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible» (Mal. 4:5).

Gabriel no halló forma mejor de comunicar al anciano sacerdote el símbolo del maravilloso hijo que habría de alegrar su ancianidad que el nombre de Elías: «E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías» (Lc. 1:17).

Cada vez que un intenso avivamiento espiritual conmovía al país, el pueblo tenía la costumbre de pensar que el profeta del Carmelo había regresado a la Tierra. Fue así que una delegación le preguntó a Juan el Bautista: «¿Eres tú Elías?» (Jn. 1:21). Y cuando Uno más poderoso que Juan hubo puesto a todos los hombres a meditar en sus corazones, como los discípulos le dijeron a nuestro Señor, muchos del común del pueblo creyeron que la larga expectación de los siglos se había cumplido, y que Elías se había vuelto a levantar.

Todas estas cosas son evidencia de la cimera grandeza del carácter y la obra de Elías. Él fue un gran hombre y realizó una noble obra. El secreto de todo consistía en que estaba lleno del Espíritu Santo.

Dios tomará mujeres y hombres, ancianos y niños, siervos y siervas de esta época de decadencia y los llenará con su Espíritu. Luego, cuando, como Juan el Bautista, estemos llenos del Espíritu Santo, iremos como él delante de nuestro Señor «con el espíritu y el poder de Elías».

Fue esta plenitud del Espíritu Santo lo que caracterizó a la Iglesia. En el día del Pentecostés todos fueron llenos del Espíritu Santo: mujeres y hombres, oscuros discípulos e ilustres apóstoles. A los nuevos convertidos, como Saulo de Tarso, se les dijo que esperaran esta bendita plenitud. Los diáconos que eran llamados a cumplir funciones seculares en la Iglesia tenían que estar llenos del Espíritu Santo.

El hecho de que Bernabé era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo, significaba una recomendación más grande que el de haber donado sus heredades. Y aun iglesias, como las de las partes montañosas de Galacia, a poco de haber sido fundadas como resultado de la obra misionera del apóstol Pablo, fueron llenas del Espíritu Santo. De hecho, a los cristianos del primer siglo se les enseñó que esperaran esta bendita plenitud. Y la Iglesia Primitiva era un grupo de individuos llenos del Espíritu Santo. Si había alguna persona que no estaba llena de la presencia de Dios en el Espíritu Santo, eso era probablemente la excepción, no la regla.

Pero dicho Pentecostés tuvo simplemente el propósito de ser el modelo y el símbolo de todos los días y de todos los años de la era actual. Y si nuestros tiempos parecen haber caído mucho más abajo de este bendito nivel, ello se debe a que la Iglesia ha descuidado esta santa doctrina.

La Iglesia ha estado paralizada sencillamente por falta del único poder que puede mucho en su conflicto contra el mundo: un poder que le prometió claramente el Señor cuando ascendió. Si somos cristianos, no hay duda de que Él está en nosotros, pero nunca debemos contentarnos hasta que Él esté en nosotros con poder. No como un aliento, sino como un viento poderoso; no como un arroyuelo, sino como un torrente; no como una influencia, sino como una Persona potente y enérgica.

No obstante, se requieren ciertas condiciones para ser llenos del Espíritu...

En primer lugar, tenemos que desear ser llenos para la gloria de Dios: «...sea magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte» (Fil. 1:20).

En segundo lugar, hemos de presentarnos a Dios como vasos limpios. Dios no depositará su Don más precioso en receptáculos inmundos. Necesitamos ser limpiados con la preciosa sangre de Cristo antes de poder esperar que Dios nos dé lo que buscamos. No podemos esperar estar libres del pecado inherente en nosotros, pero por lo menos podemos ser lavados en la sangre de Cristo de toda inmundicia y mancha de la cual seamos conscientes.

Además, hemos de estar preparados para permitir que el Espíritu Santo haga lo que quiera con nosotros y a través de nosotros. No debe haber reserva, nada que se retenga, ningún propósito contrario. Toda la naturaleza tiene que estar desligada de trabas, y toda parte de ella rendida. No ofrezcamos resistencia a la obra del Espíritu Santo. No olvidemos que Dios da el Espíritu Santo a los que le obedecen (Hch. 5:32).

Y, por supuesto, hemos de que recibir al Espíritu por fe. El Espíritu Santo ha sido dado a la Iglesia. No necesitamos luchar y agonizar; simplemente debemos tomar lo que Dios está esperando para darnos.

No alcanzaría el tiempo para enumerar todas las bendiciones que vendrán como resultado. La presencia del Espíritu Santo en el corazón, con toda su gloriosa plenitud, no puede ocultarse. Este concepto de su obra se enseña

claramente mediante la palabra que seleccionó el apóstol para describir los resultados de su morada en el creyente. Él llama a los resultados «el fruto del Espíritu». Y lo que sugiere profundamente el tranquilo crecimiento, y la exquisita belleza y la vida espontánea está en esa significativa expresión.

A saber, hay victoria sobre el pecado. La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos libra de la ley del pecado y de la muerte; así como la ley de la elasticidad del aire libra al pajarillo del poder predominante de la atracción de la gravitación. Tiene lugar la morada del Señor Jesús en el creyente. Cristo mora en el corazón por el Espíritu Santo.

Y esto no es nada figurado ni metafórico, sino una realidad que tiene sentido literal y glorioso. Hay también la vivificación de nuestro cuerpo mortal. Esta es una expresión que ciertamente se refiere a la resurrección, pero que también puede significar alguna fuerza especial y alguna salud que se imparte a nuestros actuales cuerpos mortales.

Hay, en definitiva, todas las gracias del Espíritu que vienen de la mano unas con otras: el amor trae gozo; el gozo, paz; y la paz, paciencia; y sigue de esa manera a través de toda la serie; de tal modo que el corazón llegue a estar lleno de ellas.

Y hay, finalmente, el poder para el servicio. Ya no tímidos ni aterrados, los apóstoles dan su testimonio con gran poder. El Evangelio viene con fuerza y demostración por medio de las vidas y los labios consagrados. Los demonios son echados, y grande multitudes llegan a los pies de Cristo.

Esto y mucho más nos está esperando, con sólo que aprovechemos el privilegio y lleguemos a ser llenos del Espíritu Santo...

Para acompañar el estudio de este personaje con la lectura bíblica, léanse los capítulos 17 al 19 y 21 del libro de 1º Reyes (véase también 2 R. 1 y 2; Lc 1: 15, 17; 19: 28-36).

